

1950 - 1951
50 ANIVERSARIO
2000 - 2001

COLEGIO MAYOR MIRAFLORES

387

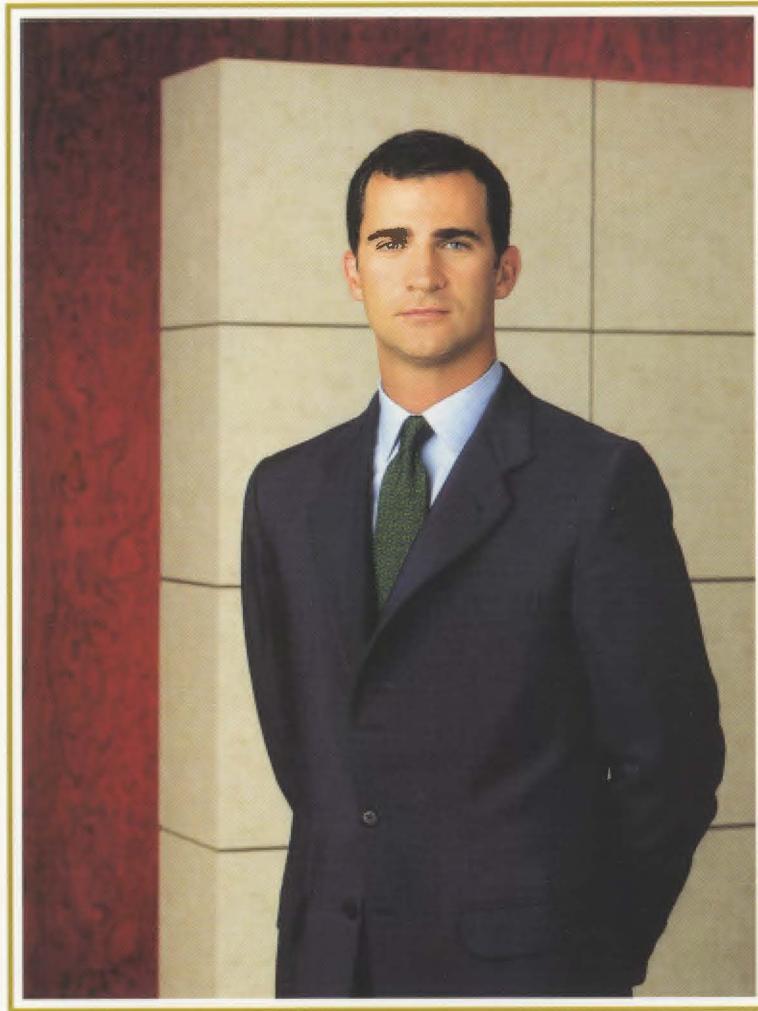


1950 - 1951
50 ANIVERSARIO
2000 - 2001

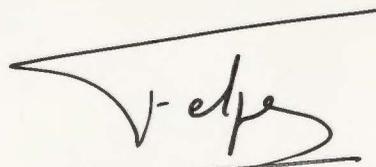
COLEGIO MAYOR MIRAFLORES

Universidad de Navarra
Servicio de Biblioteca

i 21058994



Al Colegio Mayor Universitario Miraflores
con todo mi afecto y mi calorosa felicitación
en su 50 Aniversario.


Príncipe de Asturias

PRESIDENTE

Su Alteza Real D. Felipe de Borbón y Grecia
Príncipe de Asturias

VOCALES

Excma. Sra. Dña. Luisa Fernanda Rudi Úbeda
Presidenta del Congreso de los Diputados

Excmo. Sr. D. Felipe Pétriz Calvo
Rector Magnífico de la Universidad de Zaragoza

Excmo. Sr. D. Marcelino Iglesias Ricou
Presidente de la Comunidad Autónoma de Aragón

Excmo. Sr. D. Jordi Cervós Navarro
Rector Magnífico de la Universitat Internacional de Catalunya

Excmo. Sr. D. José María Mur Bernad
Presidente de las Cortes de Aragón

Excmo. Sr. D. Manuel Pizarro Moreno
Presidente de la Confederación Española de Cajas de Aborro

Excmo. Sr. D. José Atarés Martínez
Alcalde de Zaragoza

Excmo. Sr. D. Javier Rico Gambarte
Presidente de la Cámara de Comercio e Industria de Zaragoza

Excma. Sra. Dña. María Luisa Alejos-Pita Río
Consejera de Educación y Ciencia del Gobierno de Aragón

Ilma. Sra. Dña. María Pilar de Yarza y Mompeón
Presidenta Editora de Heraldo de Aragón

Excmo. Sr. D. Fernando García Vicente
Justicia de Aragón

Ilmo. Sr. D. Amado Franco Lahoz
Director General de Ibercaja

Excmo. Sr. D. Benjamín Blasco Segura
Presidente del Tribunal Superior de Justicia de Aragón

Ilmo. Sr. D. José Orlandis Rovira
Catedrático de Historia del Derecho

Excmo. Sr. D. Alfonso Arroyo de las Heras
Fiscal Jefe del Tribunal Superior de Justicia de Aragón

Ilmo. Sr. D. José Manuel Casas Torres
Catedrático de Geografía de la Universidad Complutense



Esta memoria quiere ser una síntesis de los cincuenta primeros años de Miraflores. Un recuerdo del tiempo pasado, de los proyectos, y sobre todo de las personas que han vivido en el Colegio Mayor, han participado en sus actividades o han colaborado de forma desinteresada para que pudiéramos llegar a celebrar esta efemérides.

La historia que muestran estas páginas está contada con más cariño y agradecimiento que rigor científico. Hemos obviado muchos datos y cifras ya publicadas en las memorias anuales desde los orígenes de esta residencia universitaria; habrá que acudir, incluso, a la correspondiente al 25 aniversario para cubrir ciertas lagunas.

En esta aproximación nos interesa, sobre todo, apuntar las bases desde las que Miraflores debe proyectarse hacia el próximo medio siglo. Hacia un nuevo milenio lleno de retos que, como dice el Papa en su reciente carta **Novo millennio ineunte**, "*se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo*".

Hace tan sólo cinco años, cuando la llegada del mítico año 2000 se contemplaba como algo inminente, los colegiales derribaron uno de los tabiques de las habitaciones de la casa. Este gesto, sorprendente fuera de contexto, significaba, como una primera piedra, el comienzo de unas importantes obras de remodelación del Colegio Mayor.

En la adaptación de las instalaciones a unos tiempos nuevos, las habitaciones triples se transformaron en individuales, con la consiguiente reducción de plazas, el salón de actos cambió de aspecto, surgieron nuevos espacios para reuniones, los cuadros mudaron de cara, muchas lámparas se transformaron en focos y las paredes de la casa se cubrieron de pintura amarilla.

Durante un curso entero, Miraflores cerró sus puertas como residencia y mantuvo su actividad en lugares dispersos de la ciudad de Zaragoza. No cambió todo, sin embargo, en estos doce meses de particular mudanza. El repostero "Cada caminante..." permaneció en su sitio original, el oratorio renovado conserva su retablo al fresco, y el barco sigue dando nombre a la sala de estar. Un buen número de pequeños detalles ancla, entre puertas y pasillos, nuestra historia.

No cinco años, pero sí cincuenta, han producido también otra clase de transformación. Algunas costumbres, que recordamos con cariño, han desaparecido en este tiempo, dando lugar a nuevas tradiciones. Imperada en unos casos por la ley -ya no quemamos fallas frente al Colegio por San José- y en otros, por el carácter de las distintas generaciones de estudiantes que hoy vienen con más electricidad en las guitarras y un ordenador debajo del brazo, esta transformación construye el anecdotario generacional que da vida a Miraflores.

Seguimos celebrando, como todos pueden imaginar, de forma anticipada la Navidad junto al Belén. Continuamos honrando a nuestro Patrón con la reverencia y la alegría propias de la fiesta. Disfrutamos del *show*, que en reconocimiento a la bienvenida que les damos, nos ofrecen los nuevos residentes al comenzar el curso. Y recibimos con agradecimiento a los padres en el día que cada año les dedicamos.

Los encuentros con profesores, representantes de la cultura, las instituciones y los ámbitos profesionales más variados, conservan un lugar principal en el día a día de la residencia. Del mismo modo que las jornadas, cursos y conferencias. Y aunque en los contenidos ganan peso temas como la nueva economía, las telecomunicaciones y las finanzas, entre las actividades del Colegio Mayor mantenemos algunas, como el Club de las Naciones, con más de treinta años de historia.

Lo que no ha cambiado, con el curso de los años, es el espíritu que mueve la vida de esta casa, y que, como en tantas otras obras corporativas del Opus Dei, se nutre de las enseñanzas del Beato Josemaría.

Nos sigue distinguiendo la convivencia familiar entre los residentes, construida con la preocupación de unos por otros, el respeto a la pluralidad de opiniones y el enriquecimiento mutuo en su intercambio. También la amistad, que surge entre los libros y las tertulias tras el almuerzo o al amparo de la nocturna improvisación.

Mantenemos en forma el afán por mejorar la cultura propia y la ajena, así como la sana inquietud por adquirir una formación cristiana que nos prepare para ser hombres de bien allá donde nos lleve la vida. Y goza de buena salud nuestro interés por convertirnos en profesionales competentes al servicio de la sociedad en la que vivimos.

Y pensamos, en fin, que mientras perviva tal espíritu, en Miraflores estaremos preparados para celebrar, si cabe con más ilusión, los próximos cincuenta años.

Algo que quiero agradecer, desde estas líneas de presentación, a quienes de una u otra forma han continuado unidos al Colegio Mayor durante su primer medio siglo de historia.

A continuación, publicamos una carta que el Prelado del Opus Dei ha dirigido a los actuales y antiguos residentes de Miraflores, a sus familiares y amigos. Transmite el mismo cariño que el Beato Josemaría sentía por este Colegio Mayor, *"que veía como un instrumento muy eficaz para la labor apostólica en su queridísima Zaragoza"*.

Don Álvaro del Portillo –primer sucesor del Fundador de la Obra– nos dedicaba estas últimas palabras en el 25 aniversario, y añadía: *"tengo la convicción de que, desde el cielo, se unirá a vuestra acción de gracias por todo el bien que en estos veinticinco años se ha hecho a las almas de esa estupenda tierra, a la Universidad y a la sociedad entera"*. Una convicción que nos honra y que en Miraflores mantenemos también ahora, cuando cumplimos cincuenta años de historia.

José Manuel de Lasala
Director

Roma, 16 de febrero 2001

Queridísimo José Manuel: ¡que Jesús me guarde a mis hijos del Colegio Mayor Miraflores!

Recibí tu carta con tantas noticias del apostolado que se hace desde esa Residencia, y me llena de alegría dirigiros estas líneas. Deseo unirme a vuestra acción de gracias a la Trinidad por la imponente tarea de formación humana y cristiana que se ha realizado desde que, cincuenta años atrás, iniciara su andadura el Colegio Mayor Miraflores.

El mejor modo de mantener alto el listón de quienes os han precedido en esta labor, querida e impulsada por el Beato Josemaría, es que nos esforcemos en crecer sin pausa en nuestro amor de Dios, esmerándonos en tratarle frecuentemente en la oración y en los sacramentos; trabajando acabadamente bien y empeñándonos con constancia por servir a cada persona y a la sociedad entera, con gran alegría sobrenatural y humana.

Acoged con sentido de responsabilidad el mensaje que el Santo Padre confió a los jóvenes del tercer milenio, durante la Jornada Mundial de la Juventud en Roma, y que nos repite ahora a todos en su reciente Carta Apostólica: *duc in altum!* Lancémosnos mar adentro –cada uno en su ocupación de cada día–, con generosidad, con optimismo, con audacia, con nuestra vida coherente, y comprobaremos lo inmensamente felices que podemos ser descubriendo a tantas, tantísimas almas que nos esperan, panoramas insospechados de santidad: como consecuencia, les llevaremos la alegría y la paz de los hijos de Dios.

Con frecuencia me traslado con la cabeza y con el corazón a la queridísima Basílica del Pilar, y –muy unido a la ferviente súplica que en tantas ocasiones le dirigió nuestro Padre– ruego a la Santísima Virgen que os proteja siempre. No dejéis de encomendarle mis intenciones. Pienso también en el trabajo de don Álvaro en tierra aragonesa, y os recomiendo que acudáis a su ayuda.

Para todos los residentes del Colegio Mayor Miraflores, para sus amigos y para sus familias envío mi más cariñosa bendición

uestro Padre
+ Juan

**“LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA,
HACE MEDIO SIGLO”**



Este artículo contiene el texto íntegro de la Lección Magistral pronunciada por D. José Orlandis el día 22 de mayo de 1977 en el Acto Académico de Clausura de Curso.

Miraflores, que forma parte de la Universidad de Zaragoza, recuerda así el ambiente universitario de aquella época previa al nacimiento del Colegio Mayor.

José Orlandis



Mi incorporación a la Universidad

Llegué por primera vez a Zaragoza en una noche fría y envuelta en niebla de mediados de noviembre de 1945. El expreso Madrid-Barcelona me dejó sobre las 3 de la madrugada en el andén de la estación de Campo Sepulcro. En aquella noche insomne, el recuerdo del pasado más reciente venía con insistencia a mi memoria. Llevaba aún impresa en la retina de mis ojos la imagen de la ciudad de Roma, donde había vivido tres años inolvidables cuando fue uno de los epicentros de la II Guerra Mundial. Allí me había tocado en suerte conocer de cerca el último período de la Italia fascista, los grandes bombardeos de la Urbe, la caída de Mussolini, el fracasado armisticio italiano con los Aliados; allí viví la ocupación alemana, plasmada por Rossellini en un clásico del cine, «Roma, città aperta», presencié la entrada de los vencedores en junio de 1944, y también las penurias, ansiedades y esperanzas de la primera postguerra. Allí viví todo eso y otras muchas cosas que es imposible reseñar ahora, pero que traté de dejar escritas en un libro titulado «Memorias de Roma en guerra».

Durante aquellos años excepcionales, tuve el privilegio de ser recibido dos veces en privado por el papa Pío XII y otras más, con mayor holgura de tiempo, por el futuro Pablo VI, entonces Mons. Montini. Entre tanto se me adjudicó en virtud del concurso de traslado la cátedra de Historia del Derecho de Zaragoza, y sentía la urgencia de incorporarme cuanto antes a esta Universidad. Un transporte de guerra inglés, el «Banfora», que iba a zarpar del puerto de Nápoles con destino a Gibraltar, fue la primera oportunidad que se presentó de regresar a España, después de más de dos años de absoluta incomunicación. Cogí la ocasión al vuelo y a los pocos días llegaba por fin a la ciudad del Ebro.

Zaragoza -la Zaragoza de 1945- me pareció de entrada, acostumbrado como estaba a las grandiosidades romanas, una ciudad pequeña -no había comenzado aún en España el éxodo del campo a las ciudades- y con un cierto aire provinciano. Y me pareció sobre todo una ciudad tranquila, pacífica, que ofrecía un llamativo contraste con las agitadas y dramáticas turbulencias de la guerra, que acababa de sufrir.



D. José Orlandis, en 1980, pronunciando una conferencia.

El primer día conocí la Basílica de Nuestra Señora del Pilar -me parece que con dos torres entonces-, y sentí allí el palpito del corazón de Zaragoza, igual que lo siento hoy, al cabo de los años, cada vez que vuelvo a visitar a la Virgen. Aquella misma mañana fui, naturalmente, a formalizar mi incorporación a la Universidad. En su despacho, me recibió muy cordialmente don Miguel Sancho Izquierdo, que fue mi primer rector, y levantó el acta correspondiente el Secretario general, José Guallart, bajo la vigilante mirada del oficial mayor, Emilio Sanz Ronquillo, atento a que no se omitiera ningún requisito legal. Saludé también al decano de Derecho, don Luis del Valle, y desde aquel momento me hice cargo de la cátedra de Historia del Derecho, una cátedra vacante desde hacía una docena de años, desde que mi predecesor, don Salvador Minguijón, fue elegido en tiempo de la República vocal del Tribunal de Garantías Constitucionales, y nombrado después de la Guerra magistrado del Tribunal Supremo. Un modesto profesor y excelente persona, Julio Hernando Matas, había explicado la asignatura durante los últimos tiempos.

La Universidad en 1946

La Universidad de Zaragoza era, en 1945, una de las doce entonces existentes en España. Sus dimensiones eran reducidas, sobre todo si se la compara con esas macrouiversidades de hoy, pobladas por ingentes muchedumbres de estudiantes, un fenómeno nuevo que comenzó a darse a partir del momento en que la reforma del ministro Villar Palasí convirtió de hecho la enseñanza universitaria en una tercera enseñanza. Los alumnos universitarios eran unos pocos miles y los catedráticos, sumados los de todas las Facultades, no llegarían seguramente a cuarenta. La Universidad era entonces una auténtica corporación, y el espíritu corporativo, no sólo impregnaba a los miembros del claustro de profesores, sino que promovía entre ellos una relación de compañerismo y sincera amistad. Los catedráticos, muy parcamente retribuidos, eran en Zaragoza ejemplares en el cumplimiento de su oficio y gozaban de alta consideración social en la ciudad.

Las Facultades de la Universidad se encontraban entonces repartidas entre dos grandes sedes. El noble edificio de la plaza de Aragón, obra del arquitecto don Ricardo Magdalena, albergaba a las Facultades de Medicina y Ciencias. En la incipiente Ciudad Universitaria, cuando yo llegué en noviembre de 1945, las Facultades de Filosofía y Letras y Derecho compartían el edificio de Letras, el único terminado y que don Juan Moneva -habitado a la vieja sede de la plaza de la Magdalena- calificaba irónicamente de «vaquería higiénica». Pocos meses después, en la primera mitad de 1946, la Facultad de Derecho pudo, por fin, tener casa propia, inaugurada oficialmente con algunos meses de antelación, y allí quedó también instalado el Rectorado. Letras y Derecho serían, durante bastantes años, las únicas Facultades emplazadas en la Ciudad Universitaria. La novel Facultad de Veterinaria seguía ocupando el local que había pertenecido a la antigua Escuela.

Una evocación de la Universidad de Zaragoza de hace medio siglo debe, a mi juicio, fijar primordialmente la atención en las personas, y concretamente en los catedráticos que fueron mis colegas, y que en su mayor parte han pasado ya de este mundo. Aún sintiéndolo mucho, salvo en el caso de mi Facultad, no puedo ni siquiera mencionar los nombres de los profesores



1946. Edificio de Derecho, en la Ciudad Universitaria.

Auxiliares y Ayudantes, porque tan solo recuerdo a unos pocos y los otros, que son los más, quedarían injustamente preteridos por mi olvido. De aquellos colegas en la cátedra deseo hacer ahora memoria, en homenaje de perdurable amistad. Por razón de método -no solo de cortesía- trataré en último lugar de la Facultad de Derecho, porque ella fue durante un cuarto de siglo el escenario familiar de mi trabajo cotidiano, y son tantos los recuerdos que guardo de ella que resulta obligado dedicarle alguna mayor atención y espacio.

La Facultad de Filosofía y Letras

Parece oportuno comenzar esta evocación histórica por la Facultad de Filosofía y Letras, porque estaba ubicada en terrenos de la Ciudad Universitaria y sus profesores eran, por tanto, nuestros inmediatos vecinos. Era entonces decano y *senior* del profesorado don Carlos Riba y García, un hombre que, pese a su edad más que madura, conservaba un cierto aire juvenil. Don Carlos era anglófilo de sentimientos y aficiones y vestía siempre con elegancia británica. Los alumnos de Letras -o mejor, las alumnas, que eran allí mayoría- le habían dedicado una amable cuarteta, que decía más o menos así: «Don Carlos es un inglés, soltero de nacimiento, don Carlos es, ¡un momento!: don Carlos no sé lo que es».

La categoría de aquella Facultad de Letras salta a la vista con la sola mención de los nombres de sus escasos pero insignes profesores: José M^a Lacarra,

muy querido amigo mío, historiador de la Edad Media en Navarra y Aragón y, posiblemente, el mejor medievalista español de su tiempo. Otro extraordinario maestro era Francisco Ynduráin, navarro de Aoiz, grande de estatura y de corazón, y excepcional conocedor de la Literatura contemporánea. Ynduráin, padre de una estirpe de grandes universitarios, tenía en aquel entonces dos discípulos, Manuel Alvar y Fernando Lázaro Carreter, de los que basta sencillamente con recordar que los dos han ocupado u ocupan el cargo de Director de la Real Academia de la Lengua.

Completaban aquel reducido pero ilustre claustro el inteligente y agudísimo Ángel Canellas, catedrático de Paleografía y Diplomática, el sacerdote don Vicente Blanco, que sabía una enormidad de latín, y José Manuel Casas Torres, creador en la Facultad del Departamento de Geografía aplicada, pionero en España de los estudios de Geografía de la población y maestro de todo un plantel de discípulos, destinados a renovar en nuestro país la ciencia geográfica. Quiero todavía recordar, aunque no fuera catedrático, a Rafael Gastón, prestigioso abogado en ejercicio y, durante muchos años, profesor encargado de Lengua y Literatura griega.

La Facultad de Ciencias

Los catedráticos de las Facultades de Ciencias y Medicina no eran nuestros vecinos, como los colegas de Letras. Pero a su casa de la plaza de Aragón debíamos acudir todos los meses, si queríamos percibir nuestros haberes. Allí estaba, en efecto, la oficina de Pagaduría, y Víctor Rivas -el pagador- nos entregaba con puntualidad la mensualidad correspondiente: un sueldo que no se nos ingresaba en cuenta corriente -que muchos no teníamos- ni tampoco recibíamos por un talón bancario sino que, tras firmar la nómina, se nos pagaba en dinero contante y sonante, en billetes y monedas, que Rivas extraía de un cajón, en apariencia revuelto, pero cuyos secretos tan solo él conocía.

La Facultad de Ciencias se sentía orgullosa de su historia, un pasado, ilustrado por los nombres de

Rocasolano, Savirón, Calamita y de don José M^a Plans, catedrático que fuera de Mecánica celeste, a quien se recordaba como un sabio y un santo, y que fue patriarca de una familia de futuros universitarios ejemplares. Pero la Facultad de Ciencias estaba también orgullosa de su presente y ser licenciado en Químicas por Zaragoza -se decía- era un título tan prestigioso que merecía hacerlo figurar en las tarjetas de visita, pues esos químicos eran preferidos y buscados por la industria.

Era decano de Ciencias Mariano Tomeo, un catedrático de Química técnica dedicado, sobre todo, al aprovechamiento industrial de las resinas. El vicerrector de la Universidad era el catedrático de la sección de Exactas, don José M^a Ñíguez Almech, una poderosa cabeza matemática, experto además en criptografía, que durante la Guerra española logró descifrar las claves empleadas por el ejército republicano para la transmisión de sus mensajes cifrados. Entre los físicos destacaba la figura sobresaliente de Juan Cabrera, que había ganado jovencísimo la cátedra de Zaragoza, y aquí se casó y permaneció toda la vida. El profesor Cabrera era un gran universitario y su tratado de «Física» se consideraba como un libro clásico entre los estudiantes de Ciencias de toda España. A incrementar su prestigio entre los escolares contribuía la dignidad de su porte, su elegancia en el vestir, aquel abrigo negro con cuello de astracán y el sombrero, negro también y de ala alta, de aquellos que se llamaban entonces sombreros Mr. Eden, porque los puso de moda Sir Anthony Eden, el ministro británico de Asuntos Exteriores.

Muy ligado a Cabrera estaba Juan Martín Sauras, un magnífico profesor, cuya cálida y acogedora humanidad invitaba a la confianza y a la amistad sincera. Muy amigo mío fue, sobre todo, Julián Bernal, un hombre enamorado de su profesión, inteligente, cordial y desbordante de simpatía, no exenta de un dejo de finísima ironía. Quiero mencionar aún los nombres de algunos otros excelentes catedráticos de entonces, Mariano Velasco, Vicente Gómez Aranda, Gonzalo González Salazar. Para todos ellos la Universidad era su vida y entre todos consiguieron que la Facultad de Zaragoza fuera, seguramente, la mejor Facultad de Ciencias de España.

Medicina y Veterinaria

Los estudiantes de Medicina sentían un temor reverencial hacia su decano y catedrático de Pediatría, el Dr. Antonio Lorente Sanz. Hasta sus mismas singularidades contribuían a realzar su fama, una fama que estaba aureolada por la realidad evidente de su inflexible severidad. Aprobar «Niños», superar el gran obstáculo de fin de carrera, equivalía prácticamente a ser médico. Entre los catedráticos senior de aquella época estaba el Dr. Conde Andréu, vegetariano sin atenuantes, buen profesor y buenísima persona; don Pedro Ramón Vinós, sobrino de Cajal, un médico a quien se consultaba en casos de enfermos de cuidado, por la confianza que inspiraba su experiencia y certero ojo clínico; varios otros catedráticos, aunque más jóvenes, eran también de antes de la Guerra, como Ramón Martínez o Valentín Pérez Argilés y el Profesor Salvat, catedrático de Higiene, aportaba una nota de color, no exenta de pintoresquismo, al claustro de la Facultad.

Mariano Mateo Tinao, farmacólogo y discípulo de Lorenzo Velázquez, era el más antiguo de la nueva generación de profesores de la postguerra. Un joven catedrático de Medicina interna había traído poco tiempo atrás savia nueva a la Facultad: Fernando Civeira, fraternal amigo desde aquellos tiempos, universitario ejemplar, clínico excepcional, que hoy -al cabo de los años- sigue ejerciendo la medicina en su consulta privada, con esa sabiduría que sólo puede proceder de la feliz combinación de una experiencia muy dilatada y un atento seguimiento, día tras día, de los últimos avances de la ciencia médica.

La Facultad contaba también con un selecto grupo de profesores encargados de cátedra o de curso, pertenecientes a familias de mucho arraigo en Zaragoza y que obtendrían la cátedra en años sucesivos: Enrique de la Figuera, de Médica; Ricardo Lozano, de Cirugía; Alejandro Palomar, de Ojos; Francisco Romero Aguirre, de Urología, y todavía alguno más.

Unas palabras, todavía, para recordar al profesorado de la antigua Escuela de Veterinaria, que poco tiempo antes se había convertido en Facultad. Junto al decano, don Eduardo Respaldiza, estaban Indalecio Hernando y el simpático y extrovertido Juan Bautista Bastero, que

fue durante largo tiempo el eficiente concejal encargado de festejos del Ayuntamiento de Zaragoza.

La Facultad de Derecho

Queda por hablar de la Facultad de Derecho, que dejamos deliberadamente para el último lugar. Era aquella -conviene decirlo enseguida- una Facultad de dimensiones reducidas con un número de alumnos oficiales que no llegaban al centenar por curso. Los estudiantes, sentados en los bancos de los pasillos, se levantaban respetuosamente cuando pasaba un profesor, y también en el aula se ponían de pie a la entrada del catedrático o del encargado de dar la clase teórica. Dentro de la modestia propia del atuendo estudiantil de entonces, los alumnos iban correctamente vestidos, casi siempre con americana y corbata, y obligadamente al presentarse ante el tribunal de exámenes. Sabían además que era imprudente acudir al examen mal trajeados, si no querían arriesgarse a ser interpelados, como alguna vez hizo Prieto Castro con esta desconcertante pregunta: «Y Vd., ¿cómo es que lleva esa corbata tan fea?».

El alumnado de Derecho era masculino en su abrumadora mayoría. Las chicas, de ordinario, podían contarse con los dedos de la mano y se sentaban todas juntas en el primer banco. Las alumnas no es que sufrieran alguna discriminación frente a los alumnos por razón del sexo; lejos de ello, puede decirse que su situación resultaba abiertamente privilegiada. En el nuevo edificio de la Facultad de Derecho, mientras los



Biblioteca del edificio de Derecho.

alumnos, entre clase y clase, no tenían otra alternativa que los pasillos o el bar, las chicas gozaban de un trato de favor: disponían de una amplia sala de estar, bien amueblada, a la que los alumnos no osaban ni siquiera asomar la cabeza.

La vida universitaria

Hablemos de la vida universitaria. La principal obligación del profesor era entonces dar sus clases, y la autoridad académica -así lo urgía el Ministerio- pretendía que en todas las asignaturas se explicase completo el programa depositado en secretaría a principio de curso. Con el fin de conseguir esa meta, el profesor debía entregar semanalmente al decano el llamado «parte» -una palabra con reminiscencias castrenses de la reciente guerra- en el que habían de especificarse las lecciones explicadas durante aquellos días. El «parte» en la práctica, tuvo escasa efectividad y se redujo a un formalismo que desapareció a los pocos años.

Los exámenes de fin de curso eran orales, ante un tribunal integrado por tres profesores. Don Gregorio de Pereda, Catedrático de Derecho Administrativo, llevaba las cosas tan a punta de lanza que si uno de los vocales del tribunal se veía obligado a ausentarse durante unos momentos, porque le llamaban por teléfono o para ir al lavabo, don Gregorio interrumpía el examen, que no proseguía hasta estar otra vez completo el tribunal. «¿Están Vds. suficientemente informados?», era la pregunta ritual de Pereda a sus colegas, antes de despedir al alumno con el acostumbrado «puede Vd. retirarse».

En 1945, en aquella España empobrecida de resultados de nuestra guerra, y castigada con sanciones económicas por los vencedores de la II Guerra Mundial, eran contadísimos los catedráticos que iban a la Ciudad Universitaria en coche. El rector disponía de coche oficial, un automóvil con su fiel conductor Mariano al volante, y Guallart tenía un DKW minúsculo, un vehículo menos que utilitario. Agustín Vicente Gella venía a la Facultad en su famosa berlina tirada por un caballo.

Todavía hace pocos años me paró por la calle un hombre mayor, que dijo: «Vd. no se acordará de mi,

pero yo sí que le recuerdo: yo era el cochero de don Agustín». Creo que esa berlina y la de D^a Leonor Sala de Urzaiz eran las únicas que circulaban por Zaragoza. Pero salvo esas contadísimas excepciones, todos los demás -profesores y alumnos- acudían a la Facultad en tranvía o a pie. No he olvidado todavía el alborozo de don Miguel Sancho Izquierdo el primer día de clase después de su cese como rector: «¿saben lo que me ha pasado? -nos dijo riendo- ¡pues que como he tenido que venir en tranvía, después de tantos años no sabía lo que costaba el billete!»



Una Cátedra de la Universidad de aquel entonces.

Los catedráticos «senior»

En la Facultad, los catedráticos «jóvenes» -Prieto Castro, Guallart, Gella y yo- nos tuteábamos y así hacíamos también con los profesores Auxiliares. El grupo de catedráticos *senior* era todavía mayoritario y a su cabeza figuraba el rector Sancho Izquierdo, el «hermano Miguel», como le llamaban Moneva y Gella por su espíritu seráfico y optimista, por su acreditada bondad. El esperanto, la música, y el escribir novelas de intriga eran los «hobbies» más conocidos de don Miguel. Decano de la Facultad de Derecho era don Luis del Valle y Pascual, un hombre corpulento y muy corto de vista, que usaba unas gafas de infinitas dioptrías. Entre las prácticas de su cátedra de Derecho Político era famosa la representación de la apertura del Parlamento británico, en la que don Luis era el rey y los alumnos, según ocuparan los bancos de la derecha o de la izquierda, hacían las veces de los lores o los comunes.

Catedrático de Derecho Romano era el sacerdote don José Pou de Foxá, vestido siempre con sotana, manto y teja; don José -que hacía salir del aula a las alumnas, cuando tocaba tratar algún tema más o menos espinoso- solía ir rodeado de un grupo de alumnos que -según se decía- querían darse a conocer, con la esperanza de ganarse su benevolencia para la hora del examen.

El catedrático de Derecho Canónico era don Nicolás Santos de Otto -«el infanzón de Barbastro», según definición de Moneva-, que pronto marcharía destinado a Barcelona. Otra figura descolante en ese grupo de *senior* era el catedrático de Derecho Administrativo, don Gregorio de Pereda y Ugarte, un señor tan singular como excelente persona. Hombre de conciencia más que delicada, don Gregorio observaba fielmente la Ley de Dios, pero también con parecido escrúpulo toda norma -fuera ley o decreto, reglamento u orden ministerial- que hubiera aparecido publicada en esas otras Tablas de la Ley, que era para él el «Boletín Oficial del Estado». Buen católico, al estilo de los católicos liberales del siglo XIX, su lema era el mazziniano «Dios y libertad», que en una ocasión proclamó a gritos una y otra vez en un altercado que tuvo con un jerarca falangista de la Organización sindical. Pereda tenía un ídolo en política: don Ángel Ossorio y Gallardo. Mientras permaneció en activo -esto es hasta 1949-, don Gregorio cada año auguraba el inmediato final del Régimen franquista. «¡Ya verá Vd. -decía con una sonrisa cómplice- como esta vez no terminamos el curso; ya verá como se arma una gorda antes de junio!».

Hay que mencionar, por fin el nombre del profesor don Luis Sancho Seral, catedrático de Derecho Civil de Zaragoza, pero que se hallaba en Madrid en un organismo del Ministerio de Hacienda encargado de la estabilización de la moneda y allí siguió como catedrático en comisión de servicio, en la recién creada Facultad de Ciencias Económicas.

Los catedráticos jóvenes y los jubilados

El grupo de los catedráticos jóvenes lo encabezaba Leonardo Prieto Castro, uno de los mejores procesalistas, que muy pronto ocuparía una cátedra en la Universidad

Central de Madrid. Leonardo era un dechado de elegancia en el vestir, gozaba de merecido prestigio y tenía fama de duro y exigente entre los estudiantes, que le pusieron el mote de «don Leopardo». José -Pepe- Guallart, el profesor de Derecho Penal, era tal vez el catedrático más querido por los alumnos, debido a sus excelentes dotes pedagógicas, y también a su bondad, no exenta de cierta amable timidez. Y hay que hablar, por fin, de Agustín Vicente-Gella, catedrático y abogado del Estado, el más brillante profesor de la Facultad y, posiblemente, el mercantilista más inteligente -no digo el más laborioso- de la Universidad española de entonces.

Admiraba yo a Gella desde mis años de estudiante por aquella auténtica joya de la literatura jurídica que fue su «Manual de Derecho Mercantil Comparado», editado por «Labor» antes de la Guerra española. Agradecí profundamente a Pilar, la viuda de Agustín que, tras su fallecimiento, me entregara el ejemplar de ese libro que él utilizaba, y que conservo como un precioso legado. Desde que conocí a Gella mantuve con él una entrañable amistad, incrementada durante los años en que él fue decano y yo vicedecano de la Facultad; una amistad inalterable, que perduró hasta el día de su muerte.

La relación de catedráticos no sería completa si no se hiciera memoria de los jubilados. Vivía aún entonces don Antonio de la Figuera, antiguo catedrático de Mercantil, de quien se contaban divertidas historias, pero sólo en raras ocasiones venía a la Facultad. Todo lo contrario ocurría con don Juan Moneva y Puyol, que seguía participando intensamente en la actividad académica. Conocí a don Juan, envuelto en su característica capa: estábamos a mediados de noviembre y él había sacado la capa en la festividad de Todos los Santos y no la dejaría hasta el día de San José.

No es posible hablar aquí con alguna extensión de un hombre tan excepcional como fue don Juan Moneva. Pero es obligado decir que estaba muy presente en la vida universitaria: acudía con frecuencia a la sala de Profesores, no faltaba a ninguna Junta de Facultad y acostumbraba dar un curso de Doctorado sobre temas canónicos o de Historia de la Iglesia. Recordaré siempre un día en que me invitó a merendar y charlar despacio



El día 11 de octubre de 1950, D. José Orlandis -primer Capellán del Colegio Mayor- celebró la primera Misa en el oratorio, tras la cual quedó reservado el Santísimo. Cincuenta años después, el día 26 de octubre de 2000, D. José presidió una Santa Misa de acción de gracias (en la imagen), con asistencia de las personas más vinculadas a los comienzos de Miraflores y sus descendientes.

en la cadera de su casa de la calle de Sanclemente. Pese a la diferencia de edad, creo que entre él y yo se anudaron lazos de amistad profunda. Cinco años más tarde, en 1950, siendo yo sacerdote novel, pude asistirle en su última enfermedad y guardo la impresión que me producía su mirada penetrante y afectuosa con la que parecía querer comunicarme, cuando había perdido ya el uso de la palabra.

Ayuntamiento de maestros y escolares

Pero la Universidad no la componen sólo los catedráticos: es «ayuntamiento de maestros y escolares». El profesorado de la Facultad de Derecho lo completaban, dignísimamente, los profesores Auxiliares numerarios, que más tarde se llamarían Adjuntos. El nivel académico de la Facultad y el prestigio social de la institución universitaria explican el hecho de que los más distinguidos profesionales del Derecho de la ciudad, los

titulares de los mejores bufetes y varios juristas más, dedicados a otras funciones de relieve, tuvieran a gala ser Auxiliares, e incluso Ayudantes de la Facultad. Basta con mencionar los nombres de Ángel Duque, Felipe Aragüés, Luis Horno, Luis de Diego, José M^a Lasala, Antonio Muñoz Casayús, Antonio Teixeira... Y entre los Ayudantes de entonces estaban el futuro catedrático José Luis Lacruz -uno de los mejores civilistas españoles de esta segunda mitad de siglo-, José Joaquín Sancho Dronca, José Enrique Rivas, Rafael Galbe, Julio Cristellys, Francisco Puertas, y otros más que no resulta posible mencionar aquí.

Los estudiantes integran también aquel «ayuntamiento» que definen las «Partidas», y con igual o más razón los administrativos y subalternos. Citaré unos pocos nombres de los que fueron mis primeros alumnos, con el propósito de que vengan, en cierto modo, a asumir la representación de todos los demás: José Ángel Atienza, Francisco Palá Berdejo, Mariano

Lambán, muerto muy joven en un desgraciado accidente; y, en fin, Ramón Sáinz de Varanda, cabeza visible, entonces, de los estudiantes carlistas, espíritu inquieto con una vehemente vocación política que le acompañó por todos los derroteros, hasta su prematura y ejemplar muerte cristiana.

Es preciso, todavía, recordar al personal administrativo y subalterno, que contribuía notablemente a la buena marcha de la Facultad. La eficaz Carmen Fernández, el alma buena de la secretaría de Derecho, trabajaba ya en las oficinas hace medio siglo. Allí estaba, junto a la puerta de entrada del edificio, Marcelo, el Portero mayor, enfundado en su levita azul galoneada y los bedeles, entre ellos Pablo y Esteban, un carlista de toda la vida, que trataba de tú, no sólo a los alumnos, sino a muchos de los profesores.

Esta era a grandes rasgos -si son fieles mis recuerdos- la Universidad de Zaragoza a la que me incorporé hace más de medio siglo y donde trabajé durante muchos años, tal vez los más intensos y fecundos de mi vida. La mayor parte de aquellos compañeros y amigos no están ya con nosotros, y al evocar ahora su memoria, es un grato deber, dictado por el afecto, levantar el corazón a Dios para rogarle que todos gocen

de la eterna bienaventuranza. Lo que sí tengo por seguro es que aquella madrugada de noviembre de 1945, en que llegué a la estación de Campo Sepulcro, no se me pasaba por la cabeza que iba a permanecer en esta ciudad durante casi cinco décadas. Y que Zaragoza llegaría a ser para mí algo tan entrañable que la llevaría siempre muy dentro del corazón y la consideraría toda la vida como mi segunda patria.

José Orlandis
Catedrático de Historia del Derecho
Primer Capellán de Miraflores



Con D. José Orlandis, concelebraron la Santa Misa del 26 de octubre de 2000 D. Antonio del Val, residente de la primera promoción, y D. Guillermo González, Capellán del Colegio Mayor.

LAS ACTIVIDADES DE LOS ÚLTIMOS 25 AÑOS



Se ofrece a continuación un resumen de las actividades culturales más destacadas del Colegio Mayor. Se trata de un complemento de la publicación conmemorativa del 25 aniversario de Miraflores y, por eso, nos limitaremos al periodo 1975-2000.

Con ocasión de la apertura y la clausura de cada Curso Académico en Miraflores, destacadas personalidades de la cultura han pronunciado -en el seno de estos actos- Lecciones Magistrales muy valiosas.

D. Antonio Beltrán Martínez
Catedrático de Prehistoria y Arqueología
Universidad de Zaragoza

D. Alfonso Pérez Gordo
Catedrático de Derecho Procesal
Universidad de Zaragoza

D. José María Montesinos Amilibia
Catedrático de Topología
Universidad de Zaragoza

D. Rafael Gómez Pérez
Profesor de Antropología
Universidad Complutense

D. Leonardo Romero Tobar
Catedrático de Literatura Española
Universidad de Zaragoza

D. Santiago Ramón y Cajal Junquera
Catedrático de Anatomía Patológica
Universidad de Zaragoza

D. Pedro Cía Gómez
Catedrático de Patología y Clínica Médicas



José Luis Olaizola
(apertura del Curso 1993-94).

Universidad de Zaragoza
D. Fernando Solsona Motrel
Presidente del Ateneo de Zaragoza

D. Justiniano Casas Peláez
Ex-rector de la Universidad de Zaragoza

D. José Luis Lacruz Berdejo
Catedrático de Derecho Civil
Universidad Complutense

D. Francisco de Asís Sancho Rebullida
Catedrático de Derecho Civil
Universidad de Navarra

D. Víctor García Hoz
Catedrático de Pedagogía
Universidad Complutense

D. José Manuel Casas Torres
Catedrático de Geografía Humana
Universidad Complutense

Dña. Rosario Miralbes Bedera
Catedrática de Geografía Humana
Universidad de Zaragoza

D. René Sarrat Torreguitart
Catedrático de Anatomía Humana
Universidad de Zaragoza

D. José Antonio Rojo Martínez
Profesor del Centro Politécnico Superior
Universidad de Zaragoza



D. Amadeo de Fuenmayor
(apertura del Curso 1992-93).

D. Amadeo de Fuenmayor Champín
Catedrático de Derecho Civil
Miembro de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación

D. José Luis Olaizola
Escritor, Premio Planeta de Literatura

D. Javier Rico Gambarte
Presidente de la Cámara de Comercio e Industria de Zaragoza

D. Manuel Pizarro Moreno
Presidente de Ibercaja

D. José Orlandis Rovira
Catedrático de Historia del Derecho

Dña. Luisa Fernanda Rudi Úbeda
Alcaldesa de Zaragoza

D. Domingo Buesa Conde
Director General de Cultura y Patrimonio del Gobierno de Aragón

D. Juan José Badiola Díez
Rector Magnífico de la Universidad de Zaragoza

D. Javier Martínez Rodríguez
Director del Centro Politécnico Superior
Universidad de Zaragoza

D. Horacio Marco Moll
Presidente de la Academia de Ciencias de Zaragoza

D. José Ángel Villar Rivacoba
Decano de la Facultad de Ciencias
Universidad de Zaragoza

D. Jaime Siles
Catedrático de Lengua y Literatura Española e Iberoamericana
Universidad de St. Gallen (Suiza)



Con el canto del himno universitario "Gaudeamus Igitur" concluye el Acto Académico. En la imagen, el acto de apertura del Curso 1997-98, con intervención de Luisa Fernanda Rudi, Alcaldesa de Zaragoza. El acto fue presidido por Santiago Lanzuela, Presidente de la Comunidad Autónoma de Aragón.

Cada año, a los colegiales residentes y adscritos que comenzaban sus estudios universitarios se les ofrece un conjunto de sesiones introductorias a la Universidad, en las que pueden conocer a sus futuros profesores y charlar con profesionales en activo y con alumnos de cursos superiores, que les transmiten sus experiencias con el fin de ayudarles a encarar con éxito su nueva etapa.

Se han celebrado Cursos de introducción a Veterinaria, Medicina, Económicas-Empresariales, Derecho e

Ingeniería. La organización de estos cursos se vio siempre alentada y facilitada por los Catedráticos y Profesores de las distintas Facultades de la Universidad de Zaragoza.

Una vez comenzadas las clases, los alumnos contaron con la posibilidad de tener un preceptor personal, en la orientación de su método de estudio y en la resolución de dudas. La labor de orientación universitaria es dirigida por el Consejo Asesor de Profesores, órgano colegial integrado por docentes de la Universidad.



1999. De izquierda a derecha: José Manuel de Lasala, Director del Colegio Mayor; Carlos Martínez de Aguirre, Catedrático de Derecho Civil y miembro del Consejo Asesor de Profesores; Juan José Badiola, Rector Magnífico de la Universidad de Zaragoza; y Javier Ferrer Ortiz, Decano de la Facultad de Derecho.

El Colegio Mayor ha dirigido siempre su atención a los problemas de mayor actualidad de cada momento. A lo largo de estos años, varios ciclos de charlas-coloquio se han dedicado a temas internacionales, en especial sobre el entorno exterior más cercano, el europeo.

Destaca, entre todos ellos, el ciclo "Club de las Naciones". Desde su origen, en 1965, se ha consolidado como la actividad de mayor importancia entre las desarrolladas por Miraflores. En Zaragoza, este foro de debate sobre cuestiones internacionales de actualidad ha adquirido gran prestigio, en virtud de la intervención de los Embajadores de diversos países con representación diplomática en España.

Entre los temas abordados, se encuentran los ciclos dedicados a "La tolerancia", "Problemas de la integración europea", "Los países orientales" y "El proceso de paz en Oriente Medio".

Por su tribuna han pasado los máximos representantes en nuestro país de Sudáfrica, Croacia, Líbano, Francia, Reino Unido, Alemania, Polonia, República Checa, Hungría, China, Japón, Italia, Egipto y Rusia.



Dos conferencias del Club de las Naciones. A la derecha, el Embajador de Alemania, Excmo. Sr. D. Henning Wegener. Debajo, el Embajador de Japón, Excmo. Sr. D. Kiyobiko Arafune.



Miraflores siempre ha demostrado interés por la formación de los profesionales de los medios de comunicación, y ha sido frecuente la organización de ciclos, mesas redondas y conferencias, relativas a distintos aspectos de la profesión periodística.

Esta preocupación por los temas relacionados con el mundo de la información ha dado lugar a la celebración anual de la jornada "Comunicación y Sociedad", organizada por el Colegio Mayor junto con la Asociación de la Prensa de Aragón.

Esta actividad ha despertado una buena acogida entre los profesionales de los medios de información,

así como entre los responsables de gabinetes de prensa y comunicación de entidades públicas y privadas. Son más de 150 los profesionales de este sector que han participado en las sesiones de "Comunicación y Sociedad".

Los temas abordados en las últimas ediciones han sido "Nuevas Tecnologías en la Comunicación", "Periodistas y Jueces como poderes sociales", "La televisión que viene" y "Cómo hacer atractivas las noticias". En estas ediciones han intervenido como ponentes destacados periodistas locales y nacionales.



Mayte Pascual, periodista de TVE, interviene en una de las Jornadas de Comunicación y Sociedad. A su derecha, Roberto García, Secretario de la Asociación de la Prensa de Aragón.

La celebración de seminarios y jornadas especializadas para los estudiantes de Medicina y Ciencias ha estado habitualmente presente en las actividades de Miraflores.

En el campo de la Medicina, sucesivas Jornadas Monográficas -específicamente dirigidas a los estudiantes- trataron temas de gran relevancia, como la Oncología, la Inmunología, la Cirugía de la manualidad humana, la Medicina del deporte, la Medicina de urgencias, la Hipertensión Arterial y la Deontología médica. En todas estas Jornadas participaron Catedráticos y profesionales de dichas especialidades.

La investigación en el ámbito de la Universidad y su aplicación a la empresa ha sido tema frecuente de diversos ciclos celebrados a lo largo de estos años. Materias concretas de otras Ciencias -Dietética, Biología, Astronomía...- fueron también objeto de Jornadas Monográficas. En los últimos años se ha prestado una especial atención a la Informática y las Nuevas Tecnologías.



1994. El Dr. García Julve explica a los asistentes las particularidades de la cirugía de la manualidad humana.

En nuestra Universidad tienen ya una larga tradición las Jornadas y Seminarios organizados por Miraflores sobre esta materia, con una gran afluencia de estudiantes de Veterinaria y de profesionales del sector ganadero.

Se han analizado materias como la Política Agraria Común y su repercusión en la producción ganadera aragonesa, la ganadería española ante la Unión Europea, la seguridad alimentaria o el tratamiento de enfermedades en los animales. El mundo del caballo ha recibido una especial atención en estas jornadas, dedicándose a este animal el estudio del síndrome cólico, la reproducción o la peste equina, y la medicina deportiva del caballo.



1976. Francisco Grande Covián -que impartió un gran número de cursos sobre nutrición humana en Miraflores- recibe la Beca de Honor de manos del Rector de la Universidad de Zaragoza, Narciso Murillo Ferrol.

La presencia de los temas jurídicos en las actividades del Colegio Mayor ha sido una constante a lo largo de estos años, en los que Miraflores ha albergado la celebración de múltiples seminarios, con asistencia de estudiantes de la Facultad de Derecho, así como de un buen número de profesionales.

Algunos de los temas tratados en jornadas monográficas han sido: "El Derecho ante la familia", "La compraventa de empresas", "Valores sociales del Derecho", "Responsabilidad de los administradores de las sociedades mercantiles", "Régimen del crédito territorial", "El Reglamento del Registro Mercantil", "Salidas profesionales del Derecho", "Unión y concentración de empresas", "La Ley de Ordenación de la Edificación", "La sucesión de la empresa familiar", "Problemática jurídica de la contratación electrónica".



1996. Jornada sobre "El reglamento del Registro Mercantil", con Julián Muro, Registrador Mercantil, Jesús Martínez Cortés, Decano del Ilustre Colegio Notarial de Zaragoza, y Pablo Casado, Registrador de la Propiedad y Vocal del Patronato de Miraflores.



1996. El Presidente de Ibercaja, Manuel Pizarro, atiende a la prensa a su llegada al Colegio Mayor para pronunciar una conferencia.

Periódicamente se mantuvieron charlas-coloquio y encuentros con directivos de empresas, autoridades económicas y profesores de distintas Universidades, especialistas en esta materia.

También han tenido lugar sesiones de estudio dedicadas a diversos aspectos de la economía. Algunas se celebran anualmente, como las veteranas "Jornadas del Ahorro y la Inversión"; otras actividades abordaron temas como el sistema financiero español, el análisis bursátil y las vías de financiación para las pequeñas y medianas empresas.

La relación de la economía con otros aspectos de trascendencia en la sociedad ha sido tratada en varios seminarios, como "Impuestos, empresa y ética" y "Empresa y sociedad". Especial resonancia entre los empresarios suscitó la celebración, en El Grado (Huesca), de las "Jornadas Aragonesas sobre la responsabilidad de los agentes sociales en una economía en crisis".



Febrero de 2000. Cena-encuentro de empresarios aragoneses en Miraflores, con la presencia como invitado ponente de Santiago Foncillas, Presidente del Grupo Dragados.



Abril de 2000. Conferencia del Director General de Microsoft Ibérica, Francisco Román Riechmann, en una jornada que se celebró en el Gran Hotel de Zaragoza.

En el Colegio Mayor se organizan con regularidad conferencias y charlas-coloquio. Mediante ellas, se procura atender aquellas facetas formativas, culturales, humanas, sociales, etc., que -a modo de pinceladas humanísticas- complementan la personalidad del universitario.

Por Miraflores han pasado centenares de personas representativas de los más diversos campos de la sociedad para transmitir a los colegiales sus conocimientos y experiencias sobre temas muy variados: arte, historia, cine, política, ciencia, educación, música, deporte, economía, trabajo, solidaridad, y un largo etcétera.



El Justicia de Aragón, Fernando García Vicente, en una charla-coloquio con los residentes.



Félix Rodríguez de la Fuente, en la sala de estar del Colegio Mayor, durante una tertulia cultural.



El salón de actos de Miraflores ha acogido a miles de personas, que han participado en las actividades culturales.

Tras este repaso a los últimos 25 años del Colegio Mayor, se advierte con facilidad que no hemos podido dedicar todo el espacio que hubiéramos deseado a otras actividades (teatro, audiciones musicales, ciclos de cine, clases de formación humana y cristiana, etc.), que conforman la amplia oferta cultural y formativa de Miraflores.

Muchas de estas actividades fueron impulsadas por los propios colegiales, otras han salido adelante gracias a la colaboración desinteresada de personas e instituciones que comprenden y apoyan la labor que se realiza en el Colegio. A todos ellos queremos mostrarles nuestro reconocimiento. Sin su esfuerzo, Miraflores no hubiera podido desarrollarse como un importante foco de cultura y formación en la ciudad de Zaragoza.



El Decano del Colegio Mayor, Guillermo Caldentey, expone la Memoria de Actividades del Curso Académico 1997-98. A la izquierda, D. José Joaquín Sancho Dronda, Presidente del Patronato.

CINCO MIRADAS



En esta sección se recogen los testimonios de cinco antiguos Directores de Miraflores de distintas épocas. Con sus artículos, esbozan brevemente algunos rasgos característicos de la vida del Colegio Mayor durante estos 50 años.

LOS PRIMEROS AÑOS DEL COLEGIO MAYOR

José Manuel Casas Torres



La sala de estudio, antes de su última reforma.

Los coordinadores de la edición del libro que tienes en las manos me confiaron la redacción del capítulo que trata de lo que fue la década de 1950-1959 en la vida del Colegio Mayor Miraflores, prestando atención preferente a dos aspectos siempre fundamentales en la vida de un universitario: el estudio y el trabajo.

Llegué a Zaragoza en septiembre de 1944 y me trasladé definitivamente a Madrid en 1965. Viví por tanto íntegra –y apasionadamente– “la década de los 50” en nuestra ciudad y en su Universidad, de la que Miraflores es parte integrante. Fueron años que no puedo olvidar, ni, por supuesto, quiero. Una época en que aún teníamos muy cerca dos guerras sucesivas, la civil española y la segunda mundial, cuyas consecuencias todavía nos afectaban directamente.

El mundo de los años 50 era, en mi opinión, muy distinto del de la primera mitad del siglo: estaban consolidándose los enfrentamientos entre los países liberales –por llamarles de alguna manera– y los comunistas. Entre unos y otros se encontraban los países pobres, o paupérrimos, que poco a poco se irían

convirtiendo en estados independientes tal vez demasiado pronto, dadas su pobreza y la falta de clase media suficientemente numerosa para atender con eficacia la administración pública y el gobierno de su territorio. Alfred Sauvy ya había acuñado para ellos una etiqueta: eran el *Tercer Mundo*, que se disputaban los dos bloques de países ya enfrentados: capitalistas y comunistas.

Pero estas páginas, como las de mis compañeros, no van a ser la historia de una época, sino, en este caso, la historia de un Colegio Mayor de la Universidad de Zaragoza, entonces una pequeña y entrañable Universidad, regida por el inolvidable D. Miguel Sancho Izquierdo, en la que aún se le contaban a un joven profesor recién llegado a la Facultad de Filosofía y Letras anécdotas de D. Andrés Jiménez Soler, enemigo personal de Jaime I, por motivos que ahora no son del caso, desde la época en que D. Andrés era archivero de la Corona de Aragón en Barcelona, o anécdotas de D. Juan Moneva, otra de las grandes figuras de la Facultad de Derecho en la época inmediatamente anterior.



Comienzan las obras para la construcción de Miraflores. En la imagen, Vicente Picó.

Los coordinadores de esta edición me asignaron generosamente la década en la que nació el Colegio Mayor Miraflores, los temas a glosar, y, *sin ninguna generosidad*, el espacio previsto para hacerlo: una página y media de tamaño Din A4. Claro que no se trataba de hacer la historia mundial de esos diez años, ni siquiera la de España, sino tan sólo la de un Colegio Mayor que tiene ya cincuenta años de existencia, por el que han pasado: un Papa –Juan XXIII–, entonces Cardenal Roncalli; dos Beatos, de momento: el propio Juan XXIII y el Fundador del Opus Dei, D. Josemaría Escrivá de Balaguer; muchas personalidades nacionales e internacionales –eclesiásticas, científicas, académicas, profesionales y sociales– y cincuenta promociones de universitarios, de las que han salido un buen número de sacerdotes y de excelentes profesionales y padres de familia.

Todo comenzó, como en muchísimas ocasiones, cuando poco antes del inicio de la década de los cincuenta, el Beato Josemaría nos encargó al pequeño grupo de personas del Opus Dei que vivíamos en Zaragoza en el diminuto centro de la calle de Baltasar Gracián que comenzáramos a trabajar para construir un Colegio Mayor Universitario en la ciudad.

El Beato Josemaría estuvo siempre, y sigue estándolo desde el cielo, no ya detrás sino muy por delante de todos los proyectos de apostolado y servicio a las almas y a la Iglesia que emprendía –y emprende– el Opus Dei. En esta ocasión, con más motivo si cupiera. Zaragoza fue su ciudad universitaria, civil y eclesiástica; el Pilar, la iglesia de su primera Misa, ¡y consagrado

a Nuestra Señora!, que, con Jesús y San José, constituyen –como nos recordó muchas veces– la *Trinidad de la Tierra*, su gran amor y el de todos los buenos cristianos.

Del Beato Josemaría aprendimos a considerar el trabajo y el estudio como modos muy valiosos de amar a Dios Nuestro Señor y servir a la sociedad de nuestro tiempo y en muchos casos también a las venideras. En *Camino* (nº 335) leemos “Una hora de estudio, para un apóstol moderno, es una hora de oración”.

Al trabajo dedica un capítulo entero en su libro *Amigos de Dios* (nn. 55 a 72), cuya lectura –no solo del capítulo sino de todo el libro– no puedo menos que recomendar a quienes no lo conozcan; pero de hecho este tema del *trabajo* ha sido siempre objeto de su predicación. En este mismo libro, pero en el capítulo siguiente en que trata de Virtudes humanas, vuelve a ocuparse del tema bajo el epígrafe *Laboriosidad, diligencia* (n. 81). Lo copio a continuación, reiterándote el consejo de que lo hagas objeto de tu reflexión serena y generosa.

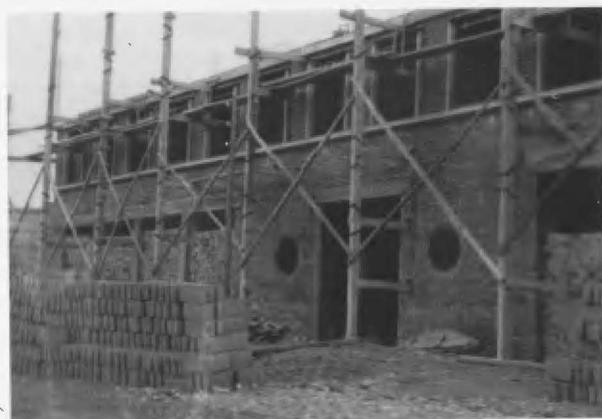
“Hay dos virtudes humanas –la laboriosidad y la diligencia–, que se confunden en una sola: el empeño por sacar partido a los talentos que cada uno ha recibido de Dios. Son virtudes porque inducen a acabar las cosas bien. Porque el trabajo –lo vengo predicando desde 1928– no es una maldición, ni un castigo del pecado. El Génesis habla de esa realidad, antes de que Adán se hubiera rebelado contra Dios (Gen II, 15). En los planes del Señor, el hombre habría de trabajar siempre, cooperando así en la inmensa tarea de la creación (...).

“Nuestro Señor, perfecto hombre, eligió una labor manual que realizó delicada y entrañablemente durante la casi totalidad de los años que permaneció en la tierra. Ejerció su ocupación de artesano entre los otros habitantes de su aldea, y aquel quebacer humano y divino nos ha demostrado claramente que la actividad ordinaria no es un detalle de poca importancia, sino el quicio de nuestra santificación, ocasión continua para encontrarnos con Dios y alabarle y glorificarle con la operación de nuestra inteligencia o la de nuestras manos.”

No son simplemente bellas palabras, en él fueron realidades de su lucha cotidiana por vivirlas cada día mejor y enseñar a cuantos tenía a su lado a procurar hacer lo mismo. Este espíritu de laboriosidad responsable y exigente se puso de manifiesto, como no podía ser menos, cuando se trató de construir Miraflores, si bien no faltaron tampoco los fallos propios de nuestras limitaciones.

Por las manos del Beato Josemaría pasaban los planos de los arquitectos D. Regino y D. José Borobio Ojeda y nuestras frecuentes cartas dándole cuenta de las gestiones y problemas. Y de su mente y también de su corazón y de su oración nos llegaban ideas, estímulos, consejos, rectificaciones a propuestas, sugerencias...

Por ejemplo, al Padre, como le llamábamos, entre otras personas, los universitarios que le conocíamos, le hubiera gustado que el altar del oratorio tuviera un retablo de alabastro –obviamente a una escala adecuada al tamaño del recinto– del estilo de los retablos renacentistas de La Seo y el Pilar. No pudo ser porque no supimos dar con ningún escultor que pudiera encargarse. Se lo dijimos al Padre y nos tranquilizó. Más o menos nos dijo: llamaremos a Pepe Alzuet –pintor y profesor de dibujo del Colegio Gaztelueta, en Las Arenas (Vizcaya)– y pintará una alegoría de la venida de la Virgen del Pilar a Zaragoza detrás del altar exento de mármol, que ya estaba terminado según un dibujo de D. José Borobio.



El ritmo de las obras fue a planta por mes. En la imagen se aprecian ya las plantas baja y primera.

Así fue. Pepe Alzuet pintó un excelente fresco –el primero que hizo– con modelos del natural, como hacía siempre, para todos los rostros, que aún son reconocibles, salvo dos: el de la Virgen, para el que utilizó como modelo los de dos niñas del Colegio de las religiosas del Coso, una de cuyas profesoras, la Hermana Aurora Lasala, era a su vez alumna de un Catedrático de la Facultad de Letras que le rogó que autorizara al pintor y a él mismo, para acudir al Colegio y obtener un apunte que luego se pasó al mural del oratorio de Miraflores. En cuanto al Niño Jesús de la Virgen, quien posó para Alzuet fue un bebé, de pocos meses, hijo de la hermana de uno de los chicos que venían por el centro de la calle de Baltasar Gracián, quien lleva ahora muchos años de sacerdote en un país hispanoamericano. El verdadero bebé que sirvió de modelo para el Niño Jesús del Oratorio, hace también muchos años que es director de una labor del Opus Dei en Europa.

Volviendo a los últimos años de los 40 y los primeros de los 50, ambos en relación con nuestro Colegio Mayor, es obvio que su construcción y puesta en marcha llevaron consigo mucho trabajo, mucha ilusión y no poca oración, *antes y mientras se construyó y después de construido y ya en marcha*.

Es justo dejar constancia en este momento de que la Universidad de Zaragoza y sus Rectores –D. Miguel Sancho Izquierdo, ya mencionado, y su sucesor D. Juan Cabrera y Felipe, el Rector que presidió el solemne acto académico de Investidura de *Doctor Honoris Causa* de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer– fueron los primeros, y es lógico, en captar toda la importancia para la Universidad y para el ambiente cultural de la región de un Colegio Mayor Universitario equiparable en nuestro tiempo a los de Salamanca y Alcalá renacentistas.

También el claustro universitario, al que nos habíamos ido incorporando algunos profesores vinculados a Miraflores, dispensó al Colegio Mayor la más cordial acogida y participó –como sigue haciendo– en su labor cultural con muy variadas conferencias y tertulias con los colegiales. Citar nombres y tareas ya lo ha hecho D. José Orlandis en unas páginas de este mismo libro.



Así era Miraflores al terminarse.

He recordado antes que para poner en marcha un Colegio Mayor Universitario –sin duda, como en cualquier otra empresa de alguna importancia– se trabaja mucho *antes, mientras y luego de que se termina*, si es que estas tareas se terminan.

Antes y mientras ya se ha dado a entender lo que significó el despegue de las obras: estudios previos y proyecto de los arquitectos a partir de un programa orientativo que se les entregó; urbanización del entorno del solar del futuro Colegio Mayor; gestiones para conseguir no un número de teléfono, sino que la Telefónica tendiera un cable de enlace para hacerlo llegar hasta el nuevo edificio construido en un solar sin ningún vecino inmediato; más gestiones para obtener la conexión con la red de conducción de agua potable, en las que desempeñó un papel decisivo el Alcalde de la ciudad, D. José María García Belenguer.

Y siempre –antes, mientras y luego– gestiones personales, que inevitablemente requerían su tiempo, para conseguir la suscripción de acciones por parte de amigos y conocidos, o conocidos por primera vez al visitarles. Acciones destinadas a reunir fondos con que ir amortizando la deuda contraída para realizar el proyecto.

Las cosas pudieron ir muy deprisa, no obstante, gracias a la diligencia de D. Regino y D. José Borobio y también gracias a que D. José Sinués Urbiola, entonces Director de la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja –ahora Ibercaja– de quien un conocido utilizó el

viejo elogio que se hizo de Pignatelli para reconocer sus méritos: *en su tiempo el hombre más útil de Aragón*, captó desde el primer momento el interés y la transcendencia del futuro Colegio y dispuso que se nos adelantaran los fondos necesarios para construirlo y equiparlo.

Por eso, cuando celebramos las Bodas de Plata de Miraflores, pude decir a los asistentes al acto de clausura, muy numerosos, con toda propiedad y sin la menor exageración, que a D. José Sinués –ya fallecido entonces– y a la Caja de Ahorros de Zaragoza les debíamos literalmente todo cuando se inauguró el Colegio. Luego, como es lógico, se devolvió todo lo recibido, lo cual no fue pequeño esfuerzo y se debió en muy buena parte al denodado trabajo de Antonio Rico Gambarte y Paco González.

Me he extendido tanto que pienso que ya no importará que me extienda un poco más para recoger, ojalá sea sucintamente, unos cuantos recuerdos, por unos u otros conceptos representativos de la “vida” en el Colegio.

Cometería una injusticia imperdonable si no comenzara agradeciendo muy de veras y poniendo de relieve que el orden, la limpieza, el cuidado del Oratorio y de toda la casa, así como la preparación de las comidas y el lavado de la ropa de los colegiales, son fruto, y más en un edificio tan grande, de un esfuerzo agotador, callado y cotidiano de las personas encargadas de estas tareas.

Antonio Rico, a quien tantas cosas debemos todos y la misma ciudad de Zaragoza, estuvo a punto de morir a causa de una descarga eléctrica desde un cable de alta tensión de su empresa metalúrgica. Muchos años después falleció en un accidente de automóvil cuando llevaba al Pirineo de Jaca a unos colegiales de Miraflores, uno de los cuales murió también con él.

Ya hemos comentado que el Cardenal Roncalli se alojó en el Colegio cuando, de regreso de Santiago de Compostela, se detuvo en Zaragoza para visitar a la Virgen del Pilar. Una lápida conmemora su estancia en él. La superficie en que se lee la inscripción está rebajada. Eso se debe a que cuando el Beato Josemaría



José Manuel Casas Torres conversa con el Alcalde de Zaragoza Cesáreo Alierta, en presencia de D. Casimiro Morcillo.

le llevó la fotografía que habíamos enviado de la lápida, el Santo Padre Juan XXIII, después de mirarla con atención, le dijo: “La fecha está equivocada, no es la de mi estancia allí”. El Padre pidió que enviáramos la lápida a Roma. Se corrigió la inscripción de la fecha de la visita del Santo Padre y se nos devolvió. Bastante tiempo después, en una de sus frecuentes visitas a España, a su paso por Zaragoza nos contó el Padre lo sucedido, añadiendo, más o menos, “no os lo quise decir entonces para no preocuparos”.

Algunos Obispos y Cardenales visitaron Miraflores y se alojaron en la residencia. D. Casimiro Morcillo, en su época de Arzobispo de esta diócesis, vino más de una vez a tomar café con nosotros y cuando el Padre, de quien era viejo y fraterno amigo, pasaba por la ciudad le recibía siempre con gran cariño y alegría. D. Casimiro hizo su entrada en Zaragoza como Arzobispo de la diócesis, de acuerdo con el protocolo vigente en aquel momento, montado en una mula blanca llevada del roncal por un palafrenero. Desde un balcón de la plaza del Pilar, tomamos unos metros de película de su llegada. Después, cuando tuvo tiempo o se arregló para sacarlo, vino a Miraflores a tomar café como otras veces y le pasamos la película que le divirtió mucho. Luego nos contó que había ido a visitar al dueño de la mula en su casa de Labrador y que éste, al verle llegar, salió corriendo a recibirle al tiempo que decía: “¡Jo: quien viene!”.

Puede parecer, pero no es así, que no me he ocupado del estudio como programaron los coordinadores. Algo he dicho utilizando textos del Beato Josemaría, y creo que es obligado a estas alturas, además

de volver a remitir a los escritos del Padre, añadir para quienes no los conozcan los numerosos textos del Concilio Vaticano II y del Santo Padre Juan Pablo II. Estudiar, si se hace seria y responsablemente -de otro modo no es estudiar-, es también trabajo y obligación de todos los estudiantes que, como su nombre indica, son aquellos cuyo trabajo es estudiar para luego devolver a sus padres y a la sociedad lo que de ellos recibieron y reciben cada día. Es decir: “*Para servir, servir*”, como decía un repostero que vi en otro Colegio Mayor.

El estudio es trabajo y debe ser también oración. Oración al estudiar significa: ofrecimiento de obras a Dios Nuestro Señor al comenzar y también a su Santísima Madre. Todos los que nos acercamos al Pilar, a veces cada día, aprendimos de nuestros padres el amor a la Virgen, y aún nos conmueve ver al infante subiendo en sus brazos a un niño pequeñito para presentarlo a Nuestra Señora. Los que conocimos al Beato Josemaría personalmente o por sus escritos hemos aprendido a profundizar en ese amor, tal vez como nunca hubiéramos soñado, reciamente, filialmente -*Vida, dulzura y esperanza nuestra...*- y sencillamente, como se habla a la madre.

El Padre nos enseñaba a veces jotas que se cantaban en Barbastro cuando era un niño y que él -como habitualmente hacía con otras canciones de amor humano- convertía en oración cuando las recordaba. Una, muy conocida, solía aplicarla en aquellos 50 en que el Opus Dei comenzaba a crecer con la ayuda de Dios y de su Santísima Madre, a su acción de gracias humilde, encendida e ilusionada por aquella floración de vocaciones y tareas con las que había soñado tantas veces:

*Capullico, capullico
Ya te vas volviendo rosa
Ya se va acercando el tiempo
De decirte alguna cosa.*

Creo que estaremos todos de acuerdo en que la vida del Colegio Mayor Miraflores en aquellos años, para algunos tan lejanos, se encontraba en la etapa de crecimiento de la Obra que tan bien reflejaba esa canción.

José Manuel Casas Torres
Rector de Miraflores (1952-1962)



1966. Una de las frecuentes tertulias en el Colegio Mayor.

Si los 30 fueron felices, los 60 resultaron apasionantes. Los protagonistas no nos dábamos cuenta entonces, pero asistimos a cambios sin precedentes. Repasábamos y comentábamos el día a día en las *tertulias*, que tanto envidiaban los residentes cultos de los demás Colegios Mayores de Zaragoza. No teníamos mucho dinero para biblioteca ni para *actividades culturales*, pero -con invitado o entre nosotros- esa amable reunión en la sala de estar tras el almuerzo era *ágora* de lo humano y casi lo divino.

La televisión estaba arriba, en el antecomedor, y no era aún enemigo poderoso, salvo si había fútbol: en 1960 ganó el Madrid su quinta Copa de Europa y, aunque Milazo *hacía el tifo* al Inter de Milán, nadie podía frenar el apasionamiento por los blancos de la época, ni siquiera el avance de los *cinco magníficos*, tan amigo alguno de don Vicente García Chust, al que todos hemos llorado.

Pocas veces dejábamos la sala de estar por el televisor, menos aún a la hora de la *tertulia*. La comunicación audiovisual no tenía la fuerza de hoy, y no sólo porque nadie hiciera competencia a TVE. Pero recuerdo el pasmo, en 1963, ante el asesinato de J.F.

Kennedy, al atardecer de un corto día de noviembre; la nave central de la Basílica de San Pedro dividida en estrados para los Obispos reunidos en Concilio desde 1962; los primeros bombardeos en Vietnam, que tanto incidirían en la vida universitaria de Estados Unidos y, pronto, del mundo occidental, junto con el ruido de la revolución cultural china -1966- y el libro rojo de Mao, hasta cuajar en el mayo de 1968 en París; nos sorberíamos las lágrimas en agosto de ese mismo año cuando los tanques rusos pisotearan con su prepotencia la gran esperanza de la primavera de Praga.

Entonces la información y la cultura se transmitían sobre todo verbalmente. En Miraflores resonaban a diario las aportaciones de cada uno y, casi dos veces por semana, del *invitado*: profesores, profesionales, periodistas; habitualmente de Zaragoza y, en lo posible, que volvieran de Madrid o Barcelona, donde había mentideros en que se cocinaba todo, incluido el futuro del SEU y las APE, que tanto nos fatigaron por aquellos días a los universitarios.

Antes del *boom* latinoamericano, leíamos más que nada *destinos* y *australes*: al fin y al cabo, no andábamos sobrados de dinero y, si la memoria no me falla, el

premio Nadal seguía siendo más importante que el Planeta: apenas apuntaba la *industria de la cultura*, y el cine estaba dominado por Hollywood, más aún que ahora. Arrasaban Joan Baez y Bob Dylan, y no digamos los Beatles, compatible con que los sábados por la noche saliera de ronda la tuna de Miraflores...

Uno tiende a exagerar al escribir sus recuerdos. Pero pienso sinceramente que la actual aceleración histórica y tecnológica no habría sido posible sin la carrera espacial. La URSS tomó la delantera con el Sputnik de 1957, pero Estados Unidos se repuso del *shock* y ganó la partida desde el Apolo y el primer vuelo tripulado a la luna de 1969. Sin ese despliegue científico y electrónico de los 60, no se entienden maravillas hoy domésticas o cotidianas, que llevaban a entonar más de una *pipa* a Chemy, cuando contaba en la sala de estar visiones futuristas que supuesta -y verdaderamente- había leído en una revista americana.

Buena parte del mundo sufría la opresión comunista. El Muro de Berlín se había alzado en 1961. Y, a pesar de textos clarividentes como *El opio de los intelectuales* de Raymond Aron (de 1955), prevalecía entre los intelectuales de acá el tópico del anticomunismo fascista que tanto oscurecía las mentes, como describió François Furet casi al final de siglo en *El pasado de una ilusión* (la ilusión marxista, se entiende, auténtico espejismo para muchos, y también para una parte de la incipiente oposición universitaria en aquellos años de Régimen autoritario, por usar la expresión neutra del sociólogo Linz).

En Miraflores se manejó siempre suficiente información, como para no caer en la trampa de Lenin o Mao. No faltaron médicos y filósofos insignes que nos explicaron a fondo a Freud, antes de que tomara la antorcha que dejó libre la *muerte* de Marx. Pero no era fácil reunir los datos necesarios para interpretar otros acontecimientos, sobre todo, si rondaban los aledaños de la política. Hasta 1966 no se promulgó la ley de prensa e imprenta que, con sus limitaciones, introdujo una relativa primavera en los espíritus libres. En las *tertulias* hacíamos lo que podíamos, y cada uno contribuía en lo que estaba a su alcance, con la mejor voluntad de esclarecer honrada y sencillamente el presente y el futuro. En cambio, no logramos continui-

dad al proyecto de revista cultural *Miraflores*: lástima no poder escudarnos en la censura; simplemente, no tuvimos fuerza intelectual, quizá porque no éramos ningunos genios, ni teníamos ideología propia, ni formábamos un *grupo* con apoyos externos.

Los Directores del Colegio, en aquel tiempo -imagino que no cambiaron después: sólo soy testigo de 1963 a 1966, procurábamos animar el *ambiente*, suscitando la máxima iniciativa del mayor número posible de residentes y adscritos. Estaba en juego la formación cultural y humana del conjunto, con plena libertad y madurez, rigurosa y abierta. Todo, menos la apatía y el conformismo. No conocía lógicamente lo que escribió en *Surco* (n. 428) el Beato Josemaría Escrivá. Pero por ahí iba el trasfondo que, con sencillez, sin pretensiones, nos animaba en el día a día:

"Para ti, que deseas formarte una mentalidad católica, universal, transcribo algunas características:

- *amplitud de horizontes, y una profundización enérgica, en lo permanentemente vivo de la ortodoxia católica;*
- *afán recto y sano -nunca frivolidad- de renovar las doctrinas típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de la historia...;*
- *una cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneos;*
- *y una actitud positiva y abierta, ante la transformación actual de las estructuras sociales y de las formas de vida".*

Salvador Bernal
Director de Miraflores (1963-1966)



El Dr. Jordi Cervós, de la primera promoción de Miraflores, durante una charla-coloquio con los colegiales.

LA CONVIVENCIA FAMILIAR

Gustavo Elorza



Una instantánea cualquiera de la vida cotidiana en Miraflores.

Llegué al Colegio Mayor en septiembre de 1965, para gestionar mi matrícula en el tercer curso de Medicina, mientras Miraflores estaba en obras, arreglando la planta baja para hacer un salón de actos. Ese fue mi primer contacto con las obras de la residencia, que luego se fueron prolongando varios años durante los veranos y que nos llevaron a decir que "Miraflores son unas obras que se habilitan durante el curso como Colegio Mayor". Estuve hasta septiembre del 73, los últimos años como Director. Por tanto, pude ver Miraflores como residente y como parte de la Dirección del Colegio Mayor.

¿Cómo se podría explicar aquella convivencia intensa en la que no teníamos secretos, ni posibilidad de tenerlos, ni cerrojos en las habitaciones ni en los armarios? Se podría decir que consistía en el resultado de un esfuerzo consciente de todos y de cada uno para que nada nos fuera indiferente de los otros residentes -a los que queríamos ayudar a no aislarse, a vencer la timidez o la rareza en algún caso- ni de las cosas.

Ese esfuerzo no tenía reglas, no estaba escrito en ninguna parte. Era el resultado de procurar vivir y enseñar a vivir ese espíritu de servicio que, visto

seguramente en nuestras familias, había esculpido como programa de vida en nosotros Monseñor Escrivá de Balaguer. Como él mismo escribía en una carta, "*el amigo verdadero no puede tener, para su amigo, dos caras. La amistad, si ha de ser leal y sincera, exige renuncias, rectitud, intercambio de favores, de servicios nobles y lícitos*". Y añadía que "*el amigo es fuerte y sincero en la medida en que, de acuerdo con la prudencia sobrenatural, piensa generosamente en los demás, con personal sacrificio*".

Con estas disposiciones y estas metas, personajillos muy jóvenes nos ayudábamos o dirigíamos Miraflores más llenos de ilusión que de prudencia. Digo esto porque, haciendo la Falla en la preparación de la fiesta de San José de un año en que yo era el director, vino un guardia o un sereno -una "autoridad municipal"- para decirnos que hacíamos mucho ruido; bajé, porque preguntaba por el director, y me dijo "no quiero hablar con usted, quiero hablar con el director". Le dije que era yo y se quedó muy extrañado.

Un aspecto de la convivencia es que nos conocíamos todos muy bien, entre otras cosas porque todos

teníamos ocasión de decir afirmaciones y frases redondas dejando claro gustos, aficiones y prejuicios que respetábamos con delicadeza. Todavía me acuerdo de las cualidades que debía tener un decano según nuestro ilustre decano Txiqui Alcain; las aficiones culturales de José Antonio Rojo, que tiraban un poco de todos nosotros hacia esos temas; las originalidades de Endeka, Perico, Dani, "Pitu", etc.

Esto se mezclaba con preocupaciones por temas materiales prosaicos. Recuerdo la expectativa que produjo empezar un trimestre sin luz en el Colegio Mayor por las obras; la audacia de cambiar la caldera de la calefacción -la anterior "había muerto"- que debería llegar en septiembre y llegó a finales de noviembre. El seguimiento de ese par de meses fue divertido: cuando llegó la caldera tuvimos un postre especial en la comida y café y copa en una deliciosa tertulia. También cosas más menudas: orden de las habitaciones, limpiar ceniceros, apagar luces... muchos detalles que no eran disciplina, sino interés por cuidar



Una charla informal entre residentes, en una salita del Colegio Mayor.

lo nuestro. Por eso nos gustaba enseñar el Colegio Mayor a las visitas en las fiestas académicas o a las familias el día que les dedicábamos a ellas. El Belén, la Falla, eran cosas nuestras.

En definitiva, lo concreto, lo menudo, lo corriente -incluso aprender a conjuntar una chaqueta con una corbata-, los estudios, donde procurábamos ayudarnos: todo se mezclaba con vivir en un ambiente de grandes ideales y mucho optimismo.

Pienso que, cuando en 1943, el Ministro de Educación de entonces, Ibáñez Martín, pensó en los Colegios Mayores como un complemento de la formación recibida en la Universidad, estaría buscando esa forja de hombres "*expertos en humanidad*" (Juan Pablo II) que de modo natural era Miraflores.

Gustavo Elorza
Director de Miraflores (1970-1973)



Un grupo de residentes durante una celebración en el Mayor.

Durante mi juventud traté a algunos miembros del Opus Dei. Al margen de sintonías personales por razón de carácter, aficiones o estudios, pude ir comprobando que amaban y respetaban la libertad de cuantos les rodeaban -y la suya propia- como un gran tesoro. Valoré con más hondura ese ejemplo vivo cuando, pasado un tiempo y en vida del Fundador del Opus Dei, leí unas palabras suyas que se me grabaron: "*Os dejo como herencia, en lo humano, el amor a la libertad y el buen humor*" (1).

Su amor a la libertad -expresión tal vez más amplia que la de mero respeto, al menos en el sentido reduccionista que puede evocar como cierta "concesión"- no era pura letra impresa. Lo transmitía en su conversación y en su vida, y pude comprobarlo. Todo ello formó parte importante de la atracción que yo fui sintiendo, y que me condujo a embarcarme en esta tarea.

En Miraflores viví de 1976 a 1982: un año como residente, otro más como Secretario, y cuatro años como Director. ¡Cuánto aprendí! Circunstancias perso-

nales y del entorno de la vida pública, en esos años, ofrecieron múltiples ocasiones de promover y vivir ese amor a la libertad. Fueron años de cierta convulsión universitaria y política, que están en la mente de todos por haberlos vivido personalmente o por el conocimiento de la historia de nuestro país.

En el Colegio Mayor se respiraba libertad, había "oxígeno" para universitarios de diversas creencias religiosas y con la lógica pluralidad de opinión ante cuestiones de la vida que ofrecen -como si se tratara de un caleidoscopio- un sinfín de puntos de vista. Este espíritu se plasmaba de forma gráfica en un repostero, muy querido por los residentes de las distintas épocas. Hoy sigue situado en el vestíbulo de la primera planta del Colegio Mayor, recordando con su rótulo: "Cada caminante siga su camino".

La formación se ofrecía, no se imponía, como ha sido siempre el estilo de quien ama la libertad, también por supuesto en la esfera espiritual, que es la más digna del hombre. Nada había que denotara un asomo de uniformidad, pues no tenía cabida. Las necesarias

decisiones sobre horarios y actividades sólo buscaban el orden material que requiere toda familia, toda unidad de convivencia.

Recuerdo con bastante nitidez algunas entrevistas con padres que deseaban inscribir a su hijo en el Colegio Mayor. Con una comprensible inquietud, era relativamente frecuente que los padres solicitaran "control" para sus hijos. Pese a su paternal petición, solía explicarles que en Miraflores se busca formar a las personas, especialmente en la libertad y la responsabilidad personales, y como con el hijo también mantenía una entrevista previa a la inscripción, le insistía en estas ideas, que son decisivas para el adecuado aprovechamiento de la amplia formación que siempre ha ofrecido "el Mayor", como cariñosamente lo denominábamos aquellos años.

"Educación en la libertad personal y en la responsabilidad también personal. Con libertad y responsabilidad se trabaja a gusto, se rinde, no hay necesidad de controles ni de vigilancia: porque todos se sienten en 'su casa', y basta un simple horario" (2), había expresado el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer hacía unos años.

Cuando se vive en libertad, surge la confianza en el trato mutuo. Y como equivocarse o discrepar con elegancia humana son realidades que se producen en toda convivencia, los colegiales más veteranos alentaban a los que iban llegando a manifestarse y actuar con esa plena libertad, que nunca puede ser indeterminación ni pasividad sino participación y asunción de riesgos y responsabilidades.

La historia del hombre es, debe ser, en palabras del Fundador del Opus Dei, *"una historia que sea una historia verdadera, becha de auténticas decisiones, y no una ficción ni un juego" (3).* Los colegiales podían contar con la orientación y el consejo, pero siempre con el aliento para adoptar las decisiones propias, fruto de convicciones personales, evitando el anonimato o el gregarismo en los ámbitos de la vida universitaria o espiritual. Todos sabían que se espoleaba el "derecho a la diferencia", y no había espacio en modo alguno a veladas consignas o sugerencias ante cuestiones que la libre discusión ha de intentar esclarecer.

Con la convicción de que todos podemos equivocarnos en nuestras apreciaciones, es de hecho imposible cualquier tinte de fanatismo. Convivíamos personas muy diversas, de provincias y países distintos, con nuestras peculiares características, y con la satisfacción de que la formación de Miraflores proporcionaba el "oxígeno" adecuado para desarrollar cada uno su personalidad y valorar la riqueza de la pluralidad.

(1) SORIA, J. L., *Maestro de buen humor*, Ed. Rialp, 1993, pág. 12.

(2) *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, 84.

(3) ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Las riquezas de la fe*, en ABC (2-XI-1969).

Javier Arnal
Director de Miraflores (1978-1982)



Los colegiales han defendido la permanencia de este repostero a lo largo de la historia de Miraflores.



Tertulia con algunos futbolistas del Real Zaragoza. En la imagen aparecen Cedrún, Glaría y Poyet.

Es un día cualquiera de comienzos de febrero -un mes de exámenes muy conocido por los estudiantes-. Son las siete y cuarto de la mañana cuando salgo de Dirección y me dirijo a la habitación más importante de la casa -que como todos los residentes saben, no es el comedor sino el oratorio- y me cruzo con un subdirector, cuyas ojeras y cara de profunda somnolencia, me resultan tan familiares.

Al pasar junto al antecomedor veo que apuran el desayuno los sacrificados estudiantes de Ingeniería y algunos de Medicina -¡cuántas confidencias de amigos se encierran en ese pequeño habitáculo!-. Al bajar las escaleras tengo que apartarme para no chocar con los que bajan corriendo, vestidos de deporte, para hacer *jogging* entre las frías nieblas de la ciudad en estas fechas: son los incombustibles chicos de Proa.

Una vez en el desayuno, los veo desfilar por las mesas -la última en ser ocupada es "lógicamente" la de Dirección- donde van estableciendo amigable conversación: unos comentan las noticias que acaban de escuchar por la radio, otros andan con los preparativos

para la convivencia de estudio que será ¡cómo no! en Caldearenas. A todo se acostumbra uno, y si no que me lo cuenten. Pues me parece lo más normal del mundo escuchar, mientras te tomas el café con leche, las inolvidables descripciones que los de Veterinaria hacen -con perdón- de la disección del cerebro de una vaca: menudos elementos, estos de Veterinaria. Los últimos en entrar son los de Derecho.

Han pasado las doce de la mañana cuando paso por el *ball* del "Cada caminante" y me paro a charlar un rato entre el grupo de contertulios de los que van por la tarde a clase y de los que no van por la tarde... pero tampoco por la mañana: ya se sabe, estamos ¡en febrero!

Hoy al mediodía ha venido un invitado a la tertulia. Ha llegado al Mayor acompañado por Antonio Rico, persona estrechamente vinculada con esta casa. La verdad es que llevamos un buen año de invitados. Por aquí han pasado importantes empresarios, políticos, rectores de universidad, altos cargos públicos, gente del mundo de los toros... y hasta un piloto de aviones

F18, que es una de esas tertulias que se repiten cada año, lo mismo que ocurre con un prestidigitador y un famoso portero del Real Zaragoza de fútbol que ya ha sido galardonado con la beca de colegial de honor.

La tarde ha sido muy amena, ya que ha venido más gente por el Mayor: llegan los famosos adscritos, otros vienen con sus amigos a estudiar, las salas de estudio están abarrotadas, y algunos se distraen contando chistes en el *ball*. Además, uno de los “nuevos” se ha sorprendido porque en la merienda le han sacado una rocambolesca combinación de plátano con un vaso de vino. Todos nos hemos reído, y más todavía el que le ha dado el cambiazo del ticket de la merienda. Por las habitaciones se oye a uno que ensaya con la guitarra para entrar en la tuna; menos mal que dice que él estudia mejor durante las noches...

Y ya que entramos en la nocturnidad, y antes de dejar este diario -se me acaban las pilas y se me cierran

los ojos de sueño- hay que recordar otros momentos de auténtico sabor universitario a que invitan las noches de un Colegio Mayor. ¡Cuántas conversaciones de sincera amistad que orientan a plantearse la vida como un servicio más que como una afirmación personal! Quizás se encuentre en estos ratos de conversación de tú a tú -ya sea durante el día o en esas horas de más reposo, qué más da- la clave para explicar, en el fondo, los buenos recuerdos que todos guardamos como un tesoro.

Termino ya, y lo hago con el deseo de querer contribuir al homenaje de los verdaderos protagonistas de estos cincuenta años de Miraflores: a todos y cada uno de los que han pasado por él, pues todos han colaborado en hacer de esta casa un hogar; al menos, con el simple esbozo de su sonrisa.

Alexander Larrucea
Director de Miraflores (1990-1994)



Un animado ensayo musical, en el bar de la sala de estar.

UN RECUERDO MUY ESPECIAL



En las páginas que siguen vamos a detener nuestra mirada en personas que han significado mucho para el Colegio Mayor, en señal de reconocimiento a su ejemplo.

José Joaquín Sancho Dronda

En una publicación como ésta, que sale a la luz con ocasión del cincuentenario del Colegio Mayor, no podemos olvidar a quienes dedicaron a Miraflores toda su actividad y su entusiasmo. Es hora de recordar a las personas sin las que difícilmente se puede explicar la pujanza, el prestigio y la influencia que el Mayor ha tenido en la juventud durante este largo periodo de tiempo.

Muchas personas han dedicado horas y horas de su vida a dar solidez y carácter a nuestro Colegio: no las olvidamos, y nuestro reconocimiento siempre tendrá presente ese esfuerzo. Sin embargo, entre esas personas, hay tres sin las cuales no se hubiera podido escribir nuestra historia. Me refiero a don Vicente García Chust, a Antonio Rico Gambarte y a Antonio Plans Sanz de Bremond.

Tuve la suerte de conocer a los tres. Cada uno con su estilo y con su personalidad, y todos con el mismo afán de dedicar buena parte de su vida a la labor formativa que se realiza desde Miraflores. Espero que mi cariño y agradecimiento hacia ellos no empañe el recuerdo objetivo que debe plasmarse en esta publicación.

Don Vicente García Chust se incorporó a Miraflores nada más ordenarse sacerdote, allá por el año 1953. Era joven y, como tal, se encontraba muy a gusto en un ambiente que también era juvenil. Permaneció en Miraflores hasta mediada la década de los setenta, en que pasó a desempeñar la Rectoría de la Iglesia de la Exaltación de la Santa Cruz, en Zaragoza.

Hablar de don Vicente es hablar de una persona santa, con una vocación apostólica que llenaba por completo su vida y un afán de transmitir a los demás -con entusiasmo y calor- la verdad que él conocía bien. Poseía un atractivo que le daba el cariño que ponía en todos sus actos, la humildad que definía sus actuaciones, siempre al servicio de todos para todo.



D. Vicente García Chust, durante los actos conmemorativos del 25 aniversario. A su lado, D. Juan Domingo Celaya.

Don Vicente, sacerdote del Opus Dei, vivía su vocación con intensidad y sin descanso.

Todos los que de alguna forma hemos colaborado con Miraflores tenemos en nuestro recuerdo muchas pruebas de su afán proselitista, de su carácter abierto y receptivo, y de su espíritu siempre alegre y atento a lo que pudiera ayudar a crear un ambiente de paz y de armonía. Don Vicente no era ajeno a ninguno de los problemas que se le planteaban. Los vivía con intensidad, participaba de ellos y se identificaba con quien se los planteaba. Llevaba a su oración todas las inquietudes de los residentes.

Era un hombre de oración; me acuerdo que pasaba muchos ratos ante el sagrario. Y también un hombre de acción. De temperamento inquieto, movido, muy expresivo, buscaba a las personas para encontrar en ellas el fondo de su alma y, de su mano, poder acercarlas a Dios. Sabía convertir los pequeños o grandes contratiempos que surgían en su camino en ocasión de su encuentro permanente con Dios.

De don Vicente se podrán contar muchas anécdotas. Todas ellas nos llevarán a reconocer en él ese buen humor, esa comprensión y ese afán apostólico al que

antes me refería. Dudo que haya quien recuerde de él momentos de mal humor, momentos de acritud y afán de protagonismo. Para él -que era un hombre muy hablador- debió ser muy penoso verse privado, en los últimos años de su vida, de la posibilidad de comunicarse con los demás. Lo hacía con la vista, con el corazón, con la sonrisa. Lo que no podían decir sus palabras ausentes, lo decía su emocionado semblante.

Don Vicente pasó por momentos muy dolorosos. Las limitaciones que sufrió en sus últimos años -tenía incluso que ir en silla de ruedas, por quedar paralizado de medio cuerpo- eran para él motivo de más acercamiento al Señor. Estoy seguro de que ofrecía sus dolores por muchas intenciones. Entre ellas por Miraflores, porque era su casa, en ella estaban sus amigos y aquí había dejado un recuerdo que ahora, en los cincuenta años de nuestro Colegio, debemos recordar y agradecer.

Y si hablo de un don Vicente alegre, comunicativo, expresivo, me viene también a la memoria, inmediatamente, la figura de Antonio Rico Gambarte. Siendo como era ya un profesional al frente de una importante empresa siderúrgica de Zaragoza, compatibilizaba aquella actividad con una dedicación frecuente y eficaz para nuestro Colegio. Aquí pasaba muchas jornadas solucionando los inevitables problemas económicos que surgen en la administración de esta residencia.

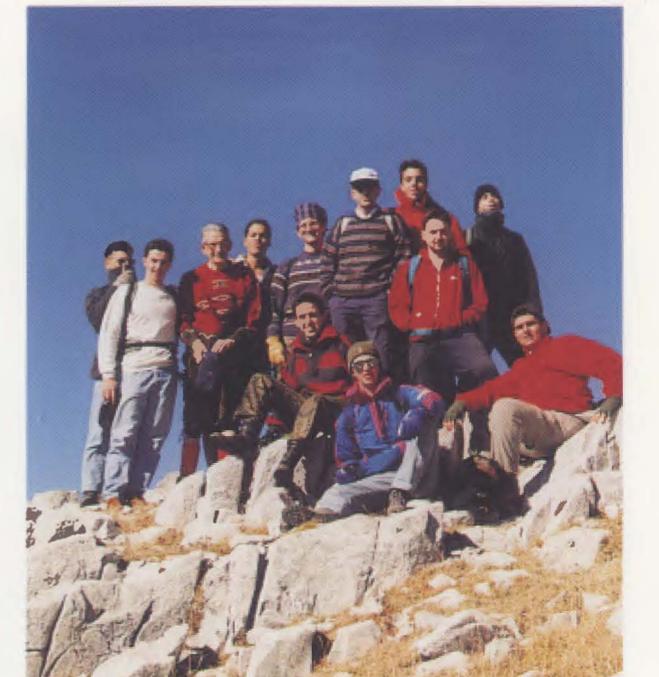
En alguna ocasión se ha dicho que Antonio Rico era el paño de lágrimas al que todos acudíamos para solucionar aquellos problemas, lo que hacía con gran serenidad, dando y ofreciendo no sólo su colaboración personal -ésta estaba siempre abierta- sino buscando colaboraciones eficaces que permitieran la continuidad de una labor no exenta de dificultades.

Antonio daba vida a muchas de las iniciativas de los residentes. Buscaba para ellos una compatibilidad entre sus estudios y actividades de índole deportiva, cultural o recreativa. Había sido residente en su juventud en otro Colegio Mayor confiado a la Prelatura del Opus Dei y conocía, por haberlo vivido a la perfección, ese ambiente de compañerismo y de fraternidad que se vive en estas residencias.

Compartía con los estudiantes esas actividades complementarias que él impulsaba y alentaba, sin importarle una evidente diferencia de edad y sin que para él supusieran una limitación las lógicas diferencias que existen entre generaciones. Por eso, y por su deseo de impulsar la actividad de montañismo, encontró la muerte en una fría mañana de noviembre de 1997 cuando, en compañía de algunos residentes, se dirigía al Pirineo aragonés para realizar una excursión.

Murió al servicio de Miraflores y en cumplimiento de un afán apostólico que había sido su ilusión durante toda la vida. Por eso, al fallecer, su cuerpo fue velado en Miraflores por todos los residentes y por todas las personas de la sociedad zaragozana que le conocían, admiraban y querían.

Antonio Rico era un hombre bueno que pasó haciendo el bien por la vida. Miraflores le debe mucho, y su figura erguida, delgada y comunicativa permanece en la memoria de todos nosotros como uno de los pilares fundamentales de nuestro Colegio, con cuyos fines y objetivos se identificó plenamente.



El Club de Montaña Miraflores, con Antonio Rico, en octubre de 1997. Un mes después, de camino a la siguiente excursión, falleció en un accidente de automóvil, junto con un residente, Mario Cobos, que aparece a su derecha.

En este breve bosquejo, en el que he hablado de dos personas que fueron muy conocidas por su asidua presencia entre los estudiantes, no puedo olvidarme de Antonio Plans, Catedrático de nuestra Universidad. Matemático insigne, con un gran prestigio profesional dentro del Claustro Universitario, era lo que se podría llamar un sabio. Le cuadraba muy bien esa calificación, porque era incluso un sabio distraído, con una aparente ingenuidad que, en definitiva, no era más que la forma de hacer accesibles sus conocimientos hacia todo el mundo.

Antonio Plans colaboró oportuna y decididamente en todas las actividades culturales complementarias, organizando cursos, reuniones, seminarios, y conviviendo también de una forma muy estrecha con todos los residentes, que veían en él al hombre bueno, al catedrático destacado, en el que encontraban siempre una orientación, un buen consejo.

Era también, y sobre todo, un hombre que aspiraba a la santidad y sabía trasladar con convicción esos

ideales -que fueron su vida- a quienes le trataban y a quienes compartían con él sus horas de estudio e investigación. Murió a una edad avanzada, había pasado por jubilación a ser Catedrático Emérito de la Universidad de Zaragoza, pero él seguía acudiendo a Miraflores con regularidad, interesándose por los residentes, por la vida colegial y, sobre todo, por los aspectos culturales y espirituales de los que seguían siendo para él sus amigos y sus discípulos.

A la muerte de los tres, ocurrida en distintas fechas, sus cuerpos reposaron en la sala de estar de Miraflores, por la que desfilaron no sólo los residentes sino una gran parte de la sociedad de Zaragoza. Los tres han abierto caminos que -como quería el Beato Josemaría, que conoció personalmente a los tres- llevan hacia Dios a través del cumplimiento de las obligaciones profesionales. Hoy, desde el cielo, estoy seguro de que siguen preocupándose por Miraflores. Tenemos unos seguros valedores para que esta labor siga recorriendo el camino que conduce hacia metas mucho más altas que las que suelen ser moneda corriente de nuestra sociedad.



Antonio Plans, rodeado de un grupo de alumnos suyos.

DOS BEATOS EN MIRAFLORES



El Beato Juan XXIII con el Beato Josemaría y Mons. Álvaro del Portillo, en 1960.

El día 27 de julio de 1954 celebraba la Santa Misa en el oratorio de este Colegio Mayor el Cardenal Ángel José Roncalli, entonces Patriarca de Venecia y que, años más tarde, llegaría al Pontificado romano con el nombre de Juan XXIII. Se había alojado en nuestro Colegio, en el que fue acogido durante una breve visita que hizo por España. Como es bien sabido, muy recientemente este Papa ha sido declarado Beato por la Iglesia, que reconoce así las grandes virtudes y la vida de santidad de este insigne Pontífice.

Al recordar los cincuenta años de nuestra vida colegial no podemos pasar por alto el hecho de haber tenido como huésped ilustre de Miraflores a este Papa, que -entre otras destacadas y positivas decisiones- fue quien convocó el Concilio Vaticano II. Un Concilio que ha significado tanto en la vida de la Iglesia, incorporando conceptos que previamente -y adelantándose a su tiempo- habían sido predicados por otro insigne hijo de la Iglesia, el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer.

Miraflores debe su existencia al impulso de este aragonés universal que, desde los comienzos de su apostolado, proclamó la vocación universal a la santidad. El Beato Josemaría tuvo para Miraflores una especial

predilección, porque entendió que la labor que allí se realizaba, no sólo con los residentes sino con todas las personas que recibían su influjo, podía ayudar a entender, entre los estudiantes y entre la sociedad aragonesa en general, la "novedad" de la llamada universal a la santidad.

El Beato Josemaría visitó Miraflores en numerosas ocasiones. Siempre que venía a Zaragoza, acudía a nuestra residencia para alojarse o para recibir a los estudiantes y las familias aragonesas, y difundir entre todos ellos los principios básicos y prácticos de una espiritualidad -la del Opus Dei- que se presentaba como novedad pero tenía, sin embargo, profundas e inmutables raíces evangélicas. Aquí mantuvo tertulias, encuentros, y atendió a muchos zaragozanos que quisieron visitarle.

Es justo, pues, que ahora, cuando conmemoramos nuestros cincuenta años, manifestemos nuestra gratitud por el afecto que siempre tuvo al Colegio Mayor y por la labor de formación de la juventud que aquí se realiza. Y, si comenzábamos estas líneas con un recuerdo para el buen Papa Juan XXIII, resulta también obligado recordar a quien debemos la existencia de la propia residencia.



1960. El Beato Josemaría, con algunos matrimonios en el antecomedor de Miraflores.



En el Colegio Mayor se conserva el telegrama que nos envió el Beato Juan XXIII contestando a la felicitación de los colegiales de Miraflores por su elección como Papa. Está fechada el 14 de noviembre de 1958.

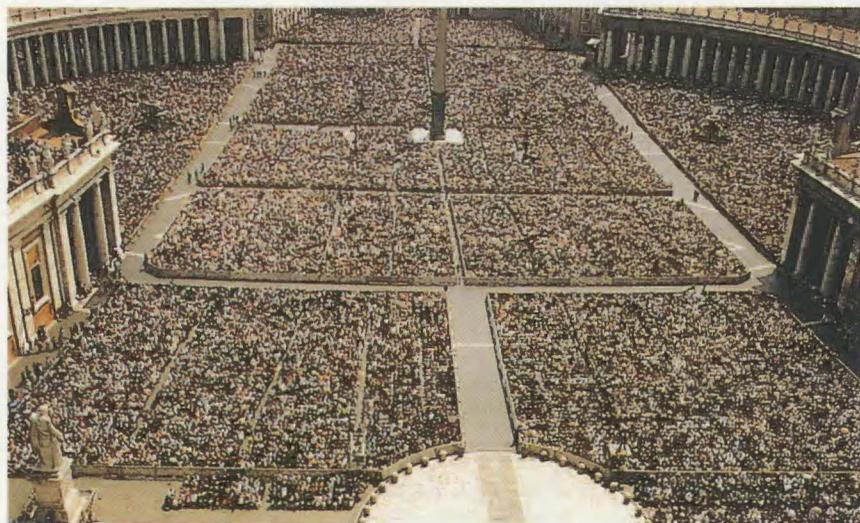
Cuando en mayo de 1992 el Pontífice actual, Juan Pablo II, lo proclamaba Beato, Miraflores estuvo presente en la Plaza de San Pedro en Roma. Allí fuimos un buen número de residentes, la Dirección, la Junta de Patronato y muchos de los zaragozanos que se habían formado según las enseñanzas del nuevo Beato. Porque para nosotros era –y sigue siendo– un motivo de alegría que la Iglesia, después de proclamar el heroísmo de sus virtudes, lo incorporara oficialmente como Beato.

A todos nos parecía que, al hacer esa solemne proclamación, el Papa estaba dando de una forma oficial el visto bueno a las labores que realizan en todo el mundo las obras corporativas del Opus Dei. Labores

entre las que no podía faltar el recuerdo para nuestro Colegio Mayor, que tanto debe a la labor sacerdotal de este barbastrense, cuyo centenario de su nacimiento vamos a conmemorar el próximo año 2002.

No deja de ser curioso que, en estos cincuenta años de vida del Colegio Mayor, dos Beatos de la Iglesia hayan pasado por nuestra residencia, celebrado la Santa Misa en su oratorio y compartido unas horas de su vida con quienes tenemos la suerte de estar a la sombra de Miraflores. Quede aquí esta prueba de nuestro reconocimiento por esas visitas y por la influencia que han ejercido sobre nuestras vidas

José Joaquín Sancho Dronda
Presidente del Patronato



Mayo de 1992. Panorámica de la Plaza de San Pedro durante la Beatificación del Fundador del Opus Dei.

ÁLBUM FOTOGRÁFICO





El gimnasio que había en Miraflores durante los primeros años.



Mayo de 1968. El Dr. Barnard, que realizó el primer trasplante de corazón, visitó Miraflores. Arriba aparece con la Beca del Colegio Mayor. A la derecha, el Salón de Actos durante su charla-coloquio.



D. Álvaro d'Ors, catedrático de Derecho Romano, firma en el Libro de Oro del Colegio Mayor.



Rostros famosos han estado de tertulia en el Colegio Mayor. En la imagen, Miguel de la Cuadra Salcedo.



Concierto de la Orquesta de Cámara de la Universidad de Zaragoza, en el Salón de Actos de Miraflores.



Una tertulia en el Colegio, siendo Director Alejandro Cantero (en el centro). Sobre la mesa, el trofeo conquistado por Miraflores en un concurso de tunas.



La tuna del Colegio Mayor se dispone a iniciar una ronda por las calles de Zaragoza.



El cumpleaños del Director -en la imagen, el de Nicolás Ramírez- es una "excusa" tradicional para añadir celebraciones al curso.



La convivencia de "viejos" residentes ayuda a planificar el curso que comienza.



Participantes en el Congreso Universitario Internacional UNIV muestran la bandera de la Universidad de Zaragoza en la Plaza de San Pedro del Vaticano.



Celebración de la Navidad en Miraflores: ambiente festivo entre los adscritos (derecha), el grupo de las Islas Baleares durante el Concurso de Villancicos, y la entrega de regalos a los residentes.





Luis Boza, vestido de tuno, recoge su regalo.



Celebración de San José, patrón del Colegio Mayor, con una capea.



Las Fallas que se montaban frente al Colegio atraían la curiosidad de los vecinos. A la derecha, la primera Falla que se construyó.



Foto: Oliver Duch/Heraldo de Aragón

Las jornadas cinematográficas de 1993 tuvieron gran éxito en Zaragoza. A la derecha, la intervención del cineasta aragonés José Luis Borau.



Foto: Guillermo Mestre/Heraldo de Aragón

Pese a su capacidad, el Paraninfo se quedó pequeño para acoger al público de las IV Jornadas del Ahorro y la Inversión.



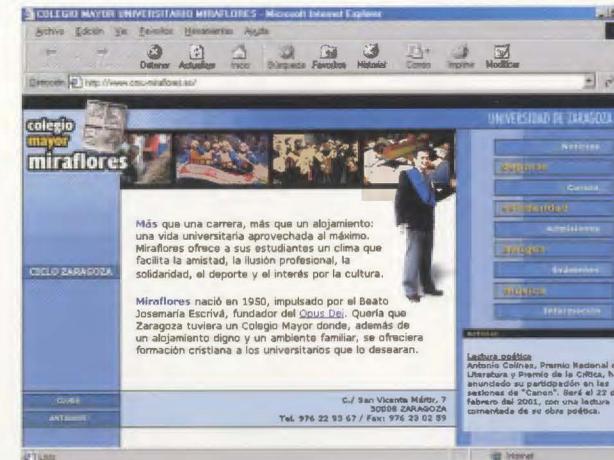
Grupo de voluntarios que acudió a Sorata (Bolivia) para realizar un proyecto de desarrollo social entre la población indígena.



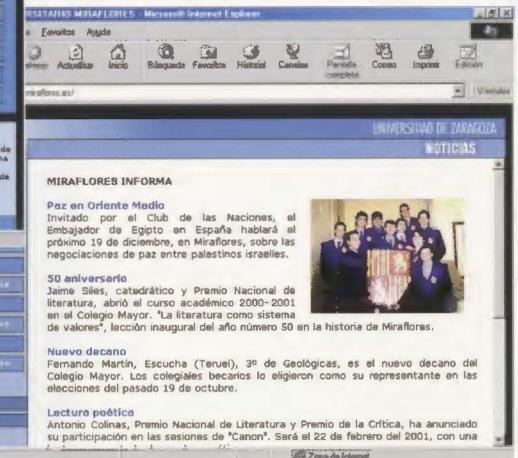
Voluntarios del campo de trabajo en la República Checa realizando labores de rehabilitación de edificios.



En varias ocasiones han tenido lugar bautizos de jóvenes en el Colegio Mayor. En la imagen, Rai (coreano) recibe uno de los tres Sacramentos de iniciación cristiana.



Portada de la página web del Colegio Mayor Miraflores "ya está en la red".



Uno de los momentos más especiales de la vida en Miraflores es el de la imposición de la Beca del Colegio Mayor.



En el curso 1995-96, antes de comenzar las obras de remodelación del Colegio Mayor, estos colegiales fueron los artífices del "derribo de la primera pared".

COLEGIO MAYOR
UNIVERSITARIO
MIRAFLORES

Edita: Colegio Mayor Miraflores
Imprime: Sistemas de Impresión Industrias Gráficas, S.L.
Diseño: Ángel Blasco
Fotomecánica: Arascan
La edición estuvo a cargo de Pedro Román (tipógrafo)



¡Virgen Santa del Pilar, Madre de Dios y Madre nuestra!

En agradecimiento, queremos ofrecerte este Manto que adorne tu imagen. Te rogamos que lo acojas como lo que es: una manifestación de la ilusión y del cariño de los cientos de corazones jóvenes que te queremos, un beso de un hijo a su Madre, que permanecerá siempre en esta Santa Capilla y que se renovará cada vez que lo lledes puesto.

(de la ofrenda del Manto a Nuestra Señora del Pilar, del Colegio Mayor Miraflores, en su 50 aniversario).
24 de Marzo de 2001